



espol
Escuela Superior
Politécnica del Littoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual





Volumen 1. Número 2

OCTUBRE 2020

espol Escuela Superior
Politécnica del Litoral



Autoridades

PhD. Cecilia Paredes Verduga

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paúl Herrera Samaniego

Vicerrector

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Marcelo Báez Meza

Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Mg. Luis Rodríguez Vélez

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

MSc. Alla Kondratova

MSc. Ariana García

MSc. Víctor Cantos

MSc. Daniel Castelo

MSc. Omar Rodríguez

Comité Externo

Omar Balladares
Universidad de las Artes

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director Ejecutivo

JD Santibáñez, MSc.
Editor General/Director de Arte

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Valentina Suárez
Correctora de Estilo

Ilustradores

Solange Gómez
Daniel Morales
Judith Baquerizo
Romina Castagneto
Daniel Jiménez
Nicole Ponce
Olga Salazar
Jussepe Zambrano
Ana Saltos
Ana Vargas
Priscila Celi
Suanny Changay
Irene Puero

Ariana Vera
Brigitte Villavicencio
Giglia Peña
Aldrin Tobar
Jorge Moreno
Adriana Saltos
Death to Stock

Portada
E.R. Coma

Informática
Diego Carrera, PhD.

<http://www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras>

Pixelstras, Revista literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes , profesionales de la comunicación, amantes del arte y la literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

Letras y Píxeles en la era del COVID-19

Arte y literatura se unen y reúnen con más fuerza en esta época oscura para todos. Vivimos en la era de la Gran Pausa como los historiadores están insistiendo en llamarle a estos días del coronavirus. Una segunda gran depresión económica impera en estos días en el marco de una economía digital cada vez más pronunciada.

Este número de Píxeletras pretende mostrar que esa sinergia entre letra e imagen puede complejizarse aún más en estos meses tan convulsos. Por ello, los siguientes textos apelan a la plaga imperante desde la poesía, la narrativa, los colores, las formas, los trazos...

En este año del distanciamiento social, Píxeletras pretende acercarnos más al corazón del arte ya sea visual o escrito como la única forma posible de salvación, como un grito de vida en medio de tanta muerte. La premisa es muy sencilla y compleja a la vez: el arte es lo único que puede sacarnos a flote en estos tiempos tan aciagos.

En la edad media aparecen por vez primera manifestaciones estéticas que capturan la cotidianidad de la peste negra. La danza de la muerte es una serie de grabados que contiene representaciones de la plaga en forma de esqueletos. Esta iconografía coincide con la mitografía mexicana en la que vemos a figuras huesudas tomar vidas por doquier. Este número de Píxeletras no pretende hacer lo mis-

mo, pero sí dejar un testimonio de lo que es crear en un periodo tan tumultuoso.

La facultad de arte, diseño y comunicación audiovisual lanza este número como un aporte al espíritu del tiempo que nos ha tocado vivir. Este año en el que profesores y estudiantes están trabajando en modalidad virtual, este tipo de publicaciones se vuelve un imperativo. Estamos dando o recibiendo clases, pero también estamos creando. El único virus al que nos adherimos es al de la creatividad.

Vivimos los días del “no te acerques”, hay momentos en los que el cansancio nos vence y parecería que no va a haber un mañana. Estos textos nos dicen “acércate”, “no te dejes vencer por la fatiga” y el mañana sí existe. Los que hacen arte y literatura quieren transmitir con estos cuentos y poemas, ideas como la resistencia, la solidaridad, la cautela, la persistencia en este tipo de confinamientos.

Pasen a leer y sumergirse en estos textos literarios. No existe cuarentena para la literatura y el arte.

Marcelo Báez, PhD
Decano

*Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual
ESPOL*



Poesía

*Trajes Fantasma*s. Leira Araujo 12

Nicho de Avispas. Maritza Cino 14

Oficio de Lobos. Omar Balladares Rodríguez 16

Definiciones Tentativas de Poesía (Primer modelo). Carl Sandburg 20

Historias Mininas. José Vicente Noboa 28

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Fernando Naranjo 36

Cuento

La Tristeza. Fabián Patinho 42

Burladero. Raúl Serrano Sánchez 44

Escritores contra el Covid-19

En un poco peor. Michel Houellebecq 52

Las Pandoras de la pandemia. Siri Hustvedt 58

Exhortación a los médicos de la peste. Albert Camus 66

Notas para los abrazos que dejamos suspendidos en el aire. Tatiana Landín 72

Violeta. Dalton Osorno 74

Intramuros. Solange Rodríguez 76

Rookies

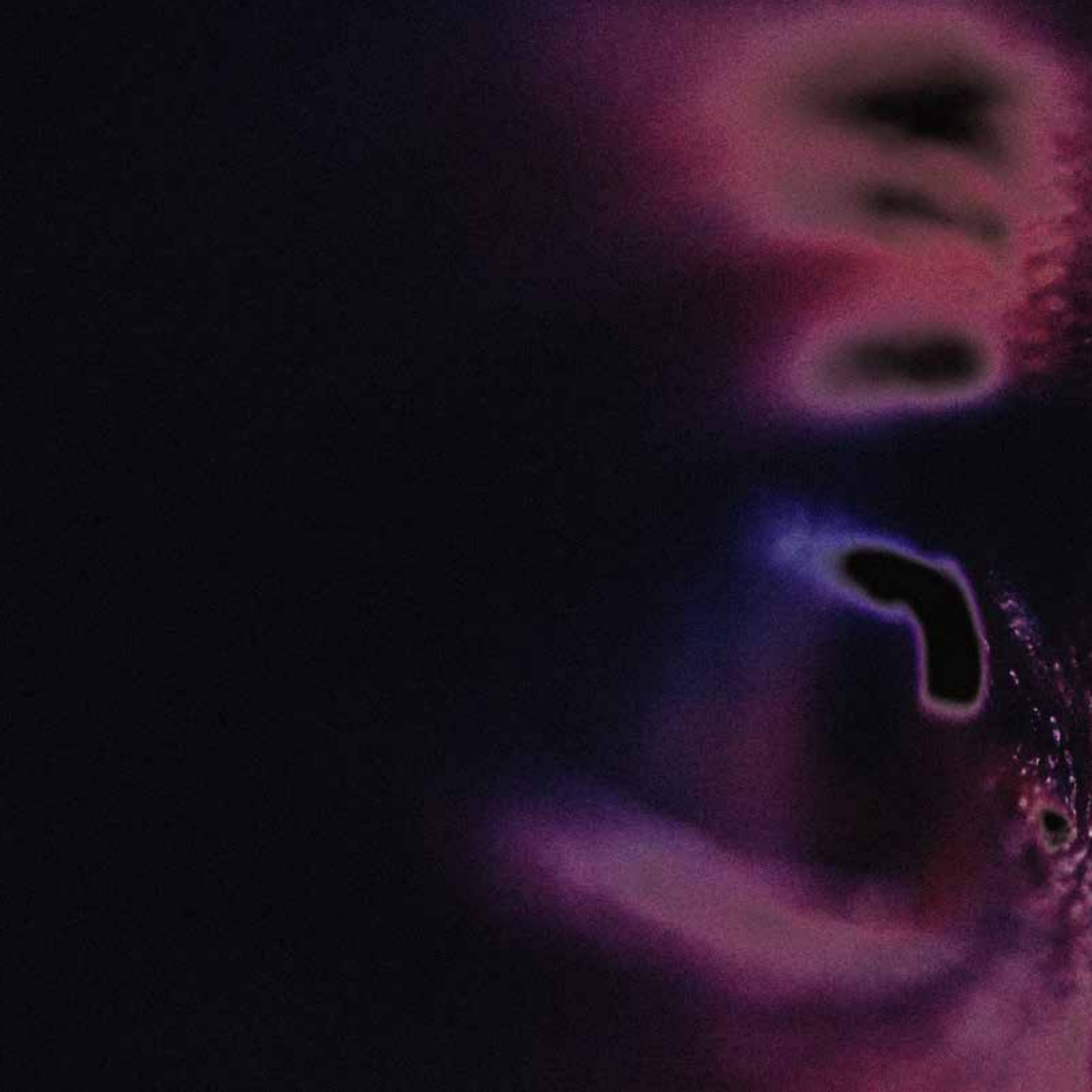
SCUM 2.0. Cristian Alvarado 80

Cilios y papilas. Marcel Morillo 90

Cuernos. Solange Gómez 98

Manifiesto del disfrute de la muerte. Karen Márquez 106

The Haunting. Raymond Hooper 110



A close-up, artistic photograph of a horse's head, focusing on the eye and the flowing mane. The image is dominated by deep reds, purples, and dark blues, creating a dramatic and moody atmosphere. The horse's eye is partially visible, looking towards the right. The mane is thick and textured, with individual strands catching the light. Overlaid on the center of the image is the word "POESIA" in a large, white, serif typeface. The letters are elegant and well-spaced, with a thin horizontal line above the "POE" and another below the "SIA".

POESIA

TRANSES FANTASMAS

LEIRA ARAÚJO



Poema vegetal

Tengo poemas como espinas
duelen y cortan en un orden demencial
otro aspecto válido de la psicosis: no
llegar nunca al cuerpo
en mi caso, no llegar nunca a la raíz
un tallo malformado
hojas de un verde gris repugnante
esto no se corresponde con la realidad
vivo fuera de mi cuerpo
respiro tierra
y entre mis dedos la humedad vence al
movimiento
como un pensamiento anquilosado de la
memoria
la idea de ser feliz me pone
irremediablemente triste
fui
seré
la planta que nadie se lleva del chino de
la esquina
una flor artificial arrinconada entre trajes
fantasmas
verbos
sin conjugarse.
monos
Y cómo una a nos cambia y nos hace
humanos
¿Qué seremos después sin las manos?

Palmeras

No soporto las plantas tropicales

las formas salvajes me ponen nerviosa
el aspecto, el arte que no se ha sido
curado
la ausencia de artificio
todo en un hueco
todo en un tronco que asciende
y se va lejos
Ícaro perverso, falo vegetal.
Una no puede abrazar bien a una palmera
al menos no de manera prolija
y me cuesta amar sin ser amada.
Un gato liquen
me mira,
yo quiero que me pida a gritos que lo
cuide
que maúlle mi lengua quebrada,
y no, no lo hace.
Yo no pienso regar ninguna palmera
que sobreviva
como yo: *contra natura*.

Juego de Pádel

Estuve 8 horas de pie
preguntándome de qué lado estaba yo
si del de los perdedores
o el de los ganadores
como acomodadora, me negué a apostar
“que gane siempre el que lleva el primer
set”, dije.

Así me condene a esperar
a que el azar deje de jugar al pádel.



Nicho DE Avispas

MARITZA CINO

déjame permanecer
entre avispas que merodean por mis ojos
para encontrar algún sentido al dolor que
desconozco

déjame pensar en algo diferente
como la oxigenación del mar y las
especies

déjame creer que es solo un síntoma
de mil noches que se hunden
cuando el silencio vence las ciudades
cuando los relatos son sufrimiento
atravesado
como una lanza que espolea mi garganta

déjame sentir desde aquí abajo
las irritadas superficies de las calles
las utopías divididas por el miedo

que destrozan mi cerebro
amenazado

déjame salir de la caverna
entre avispas que merodean por mi
cuerpo
y viajan hasta adentro de mis
fauces

déjame entrar en esa atmósfera
como si fuera una migrante
que no encuentran posibilidad en
otro túnel

déjame
atravesar el desconcierto
con las avispas que aguijonean
aquí
abajo



OFICIO DE LOS LOBOS

OMAR
BALLADARES
RODRÍGUEZ

A veces los lobos abandonan la manada
No porque busquen aventuras
O sientan que ya no pertenecen allí
Se van porque algo los mueve a hacerlo
-dirán los expertos que es cosa del instinto pero
tampoco esa sensación se explica por un impulso
de su naturaleza
A veces se van
Un día caminan sin rumbo y nunca vuelven
No le cuentan a nadie
Ni se emocionan por ello
Tampoco buscan compañía
Se alejan para preservar algo en ellos
Algo que sienten que han perdido
Algo que en el camino se dejó
No romanticemos la partida del lobo
Dejen que se vaya
Que tropiece
Que pase peligros
Que los hombres busquen su muerte
Al final el lobo sabrá porqué abandona a la luna

Capilofagia

El pelo vino conmigo, pegado a mi piel. Fuimos
creciendo juntos.
Cada uno representa un momento: las veces en
que gané y perdí.
Los amores que se enredaron entre las garras de
un otro.
El pelo perdura incluso después de la muerte;
la piel y los huesos podrán desaparecer, pero mis
pelos aún persistirán.
Cambiarán con el clima, madurarán, se nos

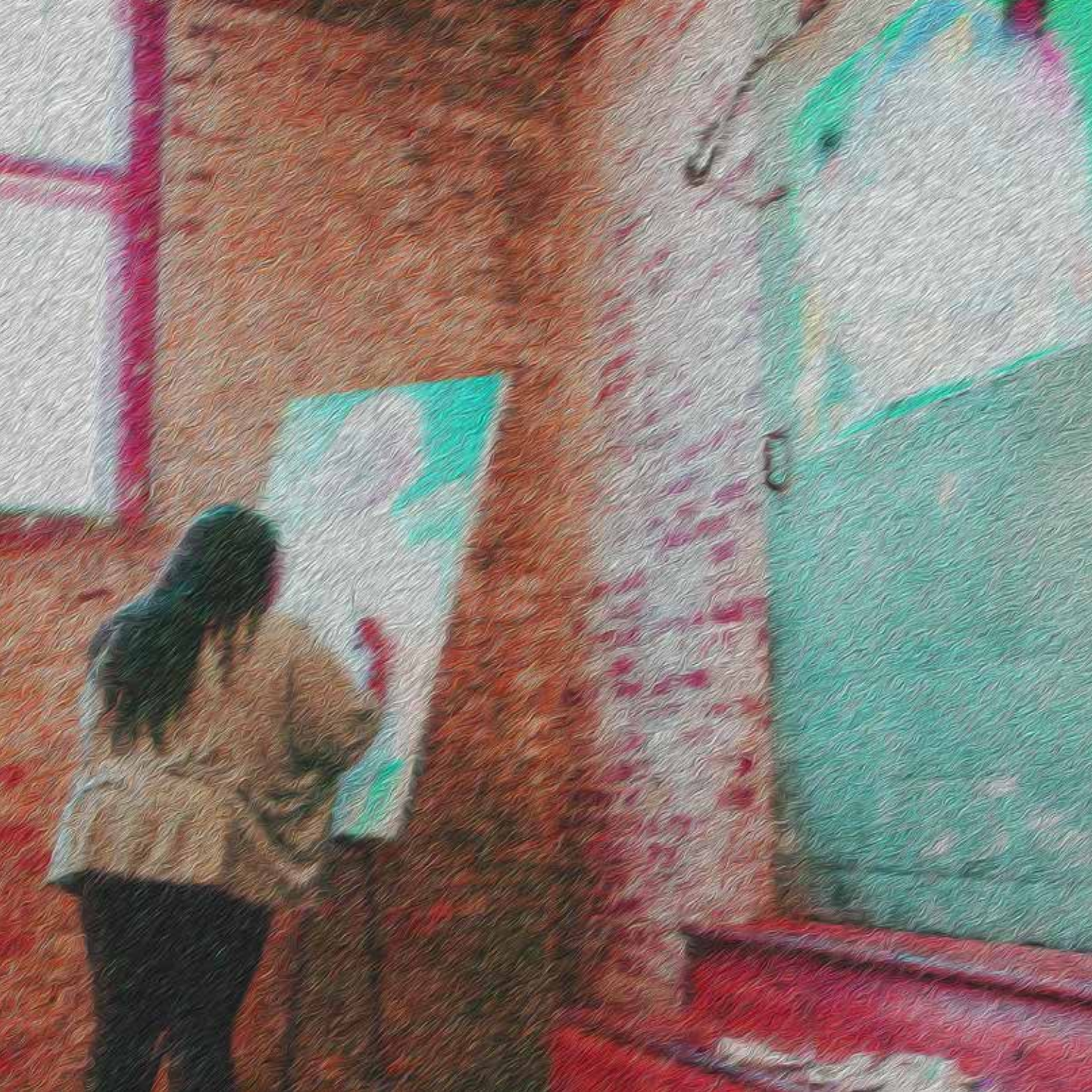
caerán y volverán a crecer;
será un nuevo y al mismo tiempo el mismo pelo.
Cuando envejezca será como si se estuviera
quemando por adentro evolucionando a cana.
Aunque lo llegue a perder, su recuerdo perdurará
en mi pasado, pero aún así existirá en otras
partes de mi cuerpo.
Es como si por dentro estuviéramos llenos de pelo
y este intentara escaparse por entre los
poros; las cejas, las pestañas, la barba, el pecho...
todo está hecho de pelos;
algunos se heredan,
otros cuentan una historia
y hay quien hasta se los come
Las palabras también tienen pelos y se peinan en
cada verso.

Humanitas divergit

Amenazados viven los hombres
por un invisible mal
No es la peste del nuevo siglo
Ni el castigo de sus rencorosos dioses
Es el vano intento de la tierra
por librarse de esa estirpe.
Llegaron al punto de no retorno
cuando su ego no les pudo más
y permanecen expectantes
respirando con temor.
Huyen del tacto de los otros
Como bestias esquivas resguardadas de algún mal
Y se refugian cuidando de los otros
Encerrando a sus ancianos
Preservando su legado

Sus selvas parecen ya no protegerlos
Cemento vano trocado a panteón
Hogar y urna donde solos
Hallarán la muerte
Ahora el mundo es de la masa fauna
Como debió haber sido
Cuando los mitos pintaban la vida
De exuberante animalidad.
De nosotros hoy las vías, los bares y el centro
comercial
De nosotros los bancos, parques y museos
De ellos el tiempo que no saben cómo gastar.
Pero mañana
Cuando todo esto acabe volverán
Saldrán de sus cuevas
Más salvajes
Más hambrientos
Matando con un renovado placer
Para recuperar eso que creyeron perdido
Aquello que dejaron en pausa
Y que el mundo intentó cambiar...
Eso que ellos dicen tener
Y que le llaman “Humanidad”





Tentative definitions of Poetry

(FIRST MODEL)

DEFINICIONES TENTATIVAS DE POESÍA (PRIMER MODELO)

Carl Sandburg²
Traducción de
Marcelo Báez Meza³

1

Tomado de Carl Sandburg: Selected Poems (Orlando, A Harvest Original, 1996).

2

Poeta, historiador y novelista norteamericano, nacido en 1876 y fallecido en 1967.

3

La revisión de la traducción estuvo a cargo de Valentina Suárez Álava, estudiante de la carrera de producción para medios.

01. Poetry is a projection across silence of cadences arranged to break that silence with definite intentions of echoes, syllables, wave lengths.

La Poesía es una proyección a través del silencio de cadencias dispuestas para romper ese silencio con rotundas intenciones de ecos, sílabas y longitudes de onda.

02. Poetry is an art practiced with the terribly plastic material of human language.

La Poesía es un arte que se practica con el terriblemente plástico material de la lengua humana.

03. Poetry is the report of a nuance between two moments, when people say, ‘Listen!’ and ‘Did you see it?’ ‘Did you hear it? What was it?’

La Poesía es la descripción del cambio de matiz (o tono) entre dos momentos, cuando la gente dice “Oigan” y “¿Lo vieron?, ¿lo escucharon?, ¿qué fue eso?”

04. Poetry is the tracing of the trajectories of a finite sound to the infinite points of its echoes.

La Poesía son las trayectorias trazadas de un sonido finito hacia los infinitos puntos de sus ecos.

05. Poetry is a sequence of dots and dashes, spelling depths, crypts, cross-lights, and moon wisps.

La Poesía es una secuencia de puntos y rayas, profundidades ortográficas, códigos, contraluces y volutas lunares.

06. Poetry is a puppet-show, where riders of skyrocketers and divers of sea fathoms gossip about the sixth sense and the fourth dimension.

La Poesía es un espectáculo de marionetas, donde astronautas y submarinistas se encuentran para chacharear sobre el sexto sentido y la cuarta dimensión.

07. Poetry is a plan for a slit in the face of a bronze fountain goat and the path of fresh drinking water.

La Poesía es un plan para cortar el rostro de la cabra de la fuente de cobre y beber del hilo de agua fresca que deja.

08. Poetry is a slipknot tightened around a time-beat of one thought, two thoughts, and a last interweaving thought there is not yet a number for.

La Poesía es un nudo corredizo tensado alrededor del compás

de un pensamiento, dos pensamientos, y un último pensamiento entrelazado para el que aún no existe número.

09. Poetry is an echo asking a shadow dancer to be a partner.

La Poesía es un eco pidiéndole a una sombra que sea su compañera de baile.

10. Poetry is the journal of a sea animal living on land, wanting to fly the air.

La Poesía es el diario de un animal viviente en tierra firme que ansía volar.

11. Poetry is a series of explanations of life, fading off into horizons too swift for explanations.

La Poesía es una serie de interpretaciones sobre la vida que se funden en horizontes demasiado ágiles para ser interpretadas.

12. Poetry is a fossil rock-print of a fin and a wing, with an illegible oath between.

La poesía es una huella de roca fosilizada de una aleta y un ala, con un juramento ilegible entre ambas.

13. Poetry is an exhibit of one pendulum connecting with other and unseen pendulums inside and outside the one seen.

La poesía es revelación de un péndulo que se conecta con otros y péndulos invisibles dentro y fuera del que se ve.

14. Poetry is a sky dark with a wild-duck migration.

La poesía es un cielo oscurecido por patitos salvajes migrantes.

15. Poetry is a search for syllables to shoot at the barriers of the unknown and the unknowable.

La poesía es una búsqueda de sílabas para disparar a las barreras de lo desconocido y lo incognoscible.

16. Poetry is any page from a sketchbook of outlines of a doorknob with thumb-prints of dust, blood, dreams.

La poesía es cualquier página de un cuaderno de bocetos que contiene los contornos del pomo de una puerta marcada con huellas digitales de polvo, sangre, sueños.

17. Poetry is a type-font design for an alphabet of fun, hate, love, death.

La poesía es el diseño de un tipo de letra para un alfabeto de diversión, odio, amor, muerte.

18. Poetry is the cipher key to the five mystic wishes packed in a hollow silver bullet fed to a flying fish.

La Poesía es la clave de los cinco anhelos místicos empaquetados en una bala de plata vacía con la que se le alimenta a un pez volador.

19. Poetry is a theorem of a yellow-silk handkerchief knotted with riddles, sealed in a balloon tied to the tail of a kite flying in a white wind against a blue sky in spring.

La Poesía es un teorema escrito en un pañuelo de seda amarilla, atado con acertijos y sellado en un globo atado a la cola de una cometa que vuela en un viento blanco contra un cielo azul de primavera.

20. Poetry is a dance music measuring buck-and-wing follies along with the gravest and stateliest dead-marches.

La Poesía es la música que mide el vigoroso claqué de tap dance a la par de las marchas fúnebres más solemnes y apátridas.

21. Poetry is a sliver of the moon lost in the belly of a golden frog.

La Poesía es una pequeña tajada de luna perdida en el vientre de un sapo de oro.

22. Poetry is a mock of a cry at finding a million dollars and a mock of a laugh at losing it.

La Poesía es un llanto fingido al encontrar un millón de dólares y una risa fingida al perderlo.

23. Poetry is the silence and speech between a wet struggling root of a flower and a sunlit blossom of that flower.

La Poesía es el silencio y el discurso entre la húmeda y rebelde raíz de una flor y el capullo soleado de esa flor.

24. Poetry is the harnessing of the paradox of earth cradling life and then entombing it.

La Poesía es aprovechar la paradoja de la Tierra que acuna la vida para luego darle sepultura.

25. Poetry is the opening and closing of a door, leaving those who look through to guess about what is seen during a moment.

La Poesía es abrir y cerrar una puerta, permitiendo que los que están tras ella se imaginen, por un momento, lo que hay al otro lado.

26. Poetry is a fresh morning spider-web telling a story of moonlit hours of weaving and waiting during a night.

La poesía es una telaraña anticipada que cuenta una historia sobre cómo pasó horas tejiendo y esperando durante la noche y a la luz de la luna.

27. Poetry is a statement of a series of equations, with numbers and symbols changing like the changes of mirrors, pools, skies, the only never-changing sign being the sign of infinity.

La Poesía es la enunciación de una serie de ecuaciones, con números y símbolos cambiantes como el cambio de espejos, piscinas, cielos, y el único signo que nunca se puede cambiar es el del infinito.

28. Poetry is a packsack of invisible keepsakes.

La Poesía es un saquillo de invisibles memorias.

29. Poetry is a section of river-fog and moving boat-lights,

delivered between bridges and whistles, so one says, ‘Oh!’ and another, ‘How?’

La Poesía es una porción de niebla de río y de luces de botes que se mueven entre puentes y silbatos, de modo que uno dice “¡Oh!” y el otro “¿Cómo?”

30. Poetry is a kinetic arrangement of static syllables.

La Poesía es la composición cinética de sílabas estáticas.

31. Poetry is the arithmetic of the easiest way and the primrose path, matched up with foam- flanked horses, bloody knuckles, and bones, on the hard ways to the stars.

La Poesía es la artimética entre la vía más fácil y el sendero de hierbas perennes equiparado con caballos bordeados de espuma, nudillos ensangrentados y huesos en las complicadas vías hacia las estrellas.

32. Poetry is a shuffling of boxes of illusions buckled with a strap of facts.

La Poesía es barajar cajas de ilusiones que están abrochadas con una tira de hechos.

33. Poetry is an enumeration of birds, bees, babies, butterflies, bugs, bambinos, babayagas, and bipeds, beating their way up bewildering bastions.

La Poesía es la enumeración de aves, abejas, infantes, mariposas, bichos, bambinos, babayagas y bípedos abriéndose caminos hacia desconcertantes bastiones.

34. Poetry is a phantom script telling how rainbows are made and why they go away.

La Poesía es un libreto fantasma que explica de qué están hechos los arcoiris y por qué se desvanecen.

35. Poetry is the establishment of a metaphorical link between white butterfly-wings and the scraps of torn-up love-letters.

La Poesía es la instauración de un lazo metafórico entre las alas de una mariposa blanca y los retazos de cartas de amor rotas.

36. Poetry is the achievement of the synthesis of hyacinths and biscuits.

La Poesía es la culminación de la síntesis entre jacintos y bizcochos.

37. Poetry is a mystic, sensuous mathematics of fire, smoke-stacks, waffles, pansies, people, and purple sunsets.

La Poesía es una mística y sensual matemática hecha de fuego, hacinas de humo, waffles, nomeolvides, gente y purpúreos crepúsculos.

38. Poetry is the capture of a picture, a song, or a flair, in a deliberate prism of words.

La Poesía es la captura de una imagen, una canción o un instinto en un deliberado prisma de palabras.



Historias Minimas

JOSÉ VICENTE NOBOA

El padre de Bastet alardeaba de cosas inauditas, algo así como que era «el Gran Gato que inauguró el árbol Yeshed en la Urbe del Sol» y demás cosas que dejaba a sus idólatras anonadados. Entonces presentó a su hija y enseguida comprendieron.

Era ciudad Beni Hassen, tres milenios antes de que un imberbe carpintero se machucase y le recomendaran curar las heridas con el polvo de sus propias uñas. Era ciudad Saqqara, muchísimos tratantes de madera entablaban la edificación del enorme cementerio. Que ni se te ocurra despellejar un felis lybica en tu barrizal; su maullido solo puede ser embalsamado en la posteridad de las copas ideales. Trescientos mil esqueletos, uno cada dos devotos complacidos en la vista de Bastet, dilatada, gallarda y punzante.

Qué materia aprendería el intrépido ebanista al repasar los vestigios de aquella fiesta alunada, es un misterio propio de los Kem que arropó en su pubertad.

O me equivoco.

Porque también quiero ser parte de su enigma y porque no puedo aislar las feromonas de Bastet. Revele su destreza, Carpintero, preciso arriesgar el olfato en su portón y demostrar, a ella, que mi visión comprende los periodos que la alumbran.

Historias Mininas I

(Tras el estornudo del León)

De las fieras amansadas, el gato es quien conserva la mayor independencia. Jamás se encuentra del todo sometido.

(Texto arrebatado de las Crónicas de Pett)

«Que el patriarca, todo un antediluviano, y primer celestinesco, olvidase que entre sus tripulantes, los roedores serían los pioneros del atraco, fue sin duda una falta de seso, o, quien sabe si no, alcahuetería.

Que el patriarca, aún con cientos de años por delante, y por lo leído, corta experiencia, no haya consultado a su patrón, sobre las faltas en la despesa, y desesperase, fue sin duda, una cuestión de timidez.

Mas, el patriarca, cuando todas las parejas mostraban su descontento por la tragonería ratonil; le tocó escuchar a su propia especie, y quiera o no, tuvo que ceder, rogó.

Así, pidiendo a su patrono la disolución del sindicato, la partida de animales, la respuesta a su problema, escuchó que un animal de gran melena formaba un nuevo alboroto sobre la proa techada. Al acercársele, y examinar las contorsiones que el hocico del león trataba de domar, le sorprendió el vigor de un piloso estornudo de la fiera, que lo hizo tocar de súbito cubierta, mientras dos bichos desconocidos se le despegaban de encima y olisqueaban el arca sin vergüenza alguna. Dan las narices del león un par de gatos repentinos, que así se llamarán, sentencia el viejo, que acierta a comprender el presente; y los ratones, plenos de terror, dejaban la despesa en paz y preferían morir como los peces.»

Diana, cazadora y jaranera, tañía esa canción para su hermano.

Y pasando por un siglo, Napoleón podrá insistir en que «de lo sublime a lo ridículo solamente un paso hay», pero basta recordar que a

él no le cautivaban los maullidos, a lo mucho sus queridas y uno que otro aliado.

Lo que me lleva a recordar continuamente que mi Dama, el Mandamás, y usted, Infanta, disfrutan más la compañía de los canes.

Historias Mininas II

(La pelusa de los persas)

Aprendo en ciudad de Tineh

De las majestades que pidieron fermentar la leche de las cabras

Y han vaciado sin dudar la vasija

Pompa sobre púa

Contumaces ideas y algún sucesor

Cosas de oráculo y empirismo, no se crean

Si bien, cuando el que no fue Grande precedió al tachado Cambises, y éste engendró un segundo Ciro, del cual brotó su propio Cambises, y con este persa su imperio anexó a Egipto, y respire, con la simple maña de atar gatos en las botas de los guerreros, no pareciera, entonces, mala recomendación, añejar bien la lactosa

De tanto pensarla, yo también tengo mi cabeza hecha una de felino, aunque ante mí, aquella tropa raída del Kem se postraría un tanto reticente.

Precisaría más de un qab para llenar aquella jarra de sinsentidos

Arrancar el palmo de pelusa arraigado en la pupila de mi frente

Sorber de la paciencia del yogur y mascar del lúpulo su aroma

En una batalla donde el genio acurruca en tus faldas la humareda

Y la sutileza de los alegatos se galardona con sandalias.

Historias Mininas III

(Las fauces relamiéndose los dedos)

«...me olvidé un poco de mí mismo y se atenuó mi locura. Luego desperté en tus brazos y te vi de otra manera infinito. Esta visión ya no procedía de mi carne.»

(Jirón arrancado de las Confesiones de San Agustín, varón abrazado en el perpetuo de su talante exhaustivo)

El contrabando se oye semejante al contrabajo
Los dueños de cualquier historia
Poseen pelos en pecho y colmillo
Muchos, corbata; mira si les da por parecer sofisticados

Primero urgió cavar un puerto
Los fenicios dispersaron el alfabeto por el plano.
Luego elegir un paladín

Gatos de incógnito en la borda, trofeos de guerra

Del coliseo a Britannia

Ser una isla, un boquete en la alforja

Titulares de bitácora: Sembríos atacados. Empalar los costes

Tributarás con cereales, la longitud del vertebrado,
el viento en la tonsura

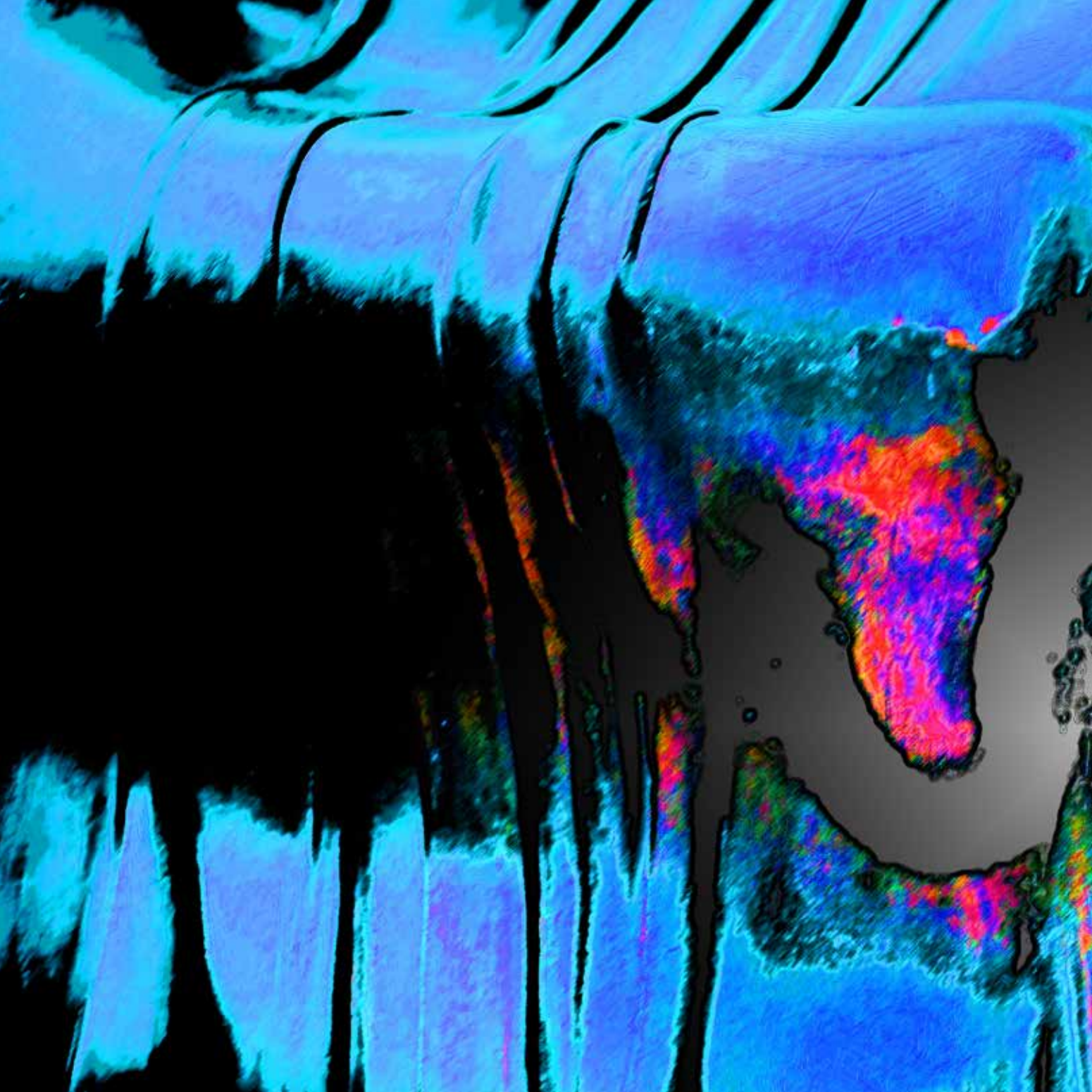
Antipoesía perenne, nuevo milenio, pamplinas y menciones a la ostia
Un Mandamás de Arimatea. Él cree, fervoroso y fugitivo,

que el Imperio es una embarcación de boletines asoleados.

El pez vencerá, y por la boca muere

La vida es un rato que ocurre por detrás del adelante

Mientras, sonará una elegía al caballo tártaro
Y el moscardón multiplicará sus larvas
En la plenitud de un milagro conferido
Donde hallé al respirar tu explicación
Porque hubo un modo en que cuanto nos rodea
Como trotes tirándonos de cada extremidad
Pudo ser descuartizado ellos
Y no
Los condenados.





ENTREVISTA



CUESTIONARIO

Proust-Pivot

RESPONDE

Fernando Naranjo

M

arcel Proust, el más entrañable y exquisito de los novelistas, llenó un cuestionario cuando era adolescente que pasaría a la historia, con algunas modificaciones, como el “cuestionario de Proust”. El cuestionario fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, la hija del presidente de Francia, como parte de su “álbum de confesiones”, lo que el sitio *Brain Pickings* llama “la versión victoriana de los tests de personalidad actuales”.

Las preguntas forman un espectro bastante completo de la personalidad, desde las aspiraciones hasta la sensibilidad y, con el alto linaje de Proust, fueron retomadas por el conductor de televisión Bernard Pivot, quien administró el cuestionario a sus invitados, como una especie de lubricante. Más tarde la revista *Vanity Fair* lo incorporó con éxito.

Originalmente Proust había respondido a menos preguntas (las cuales fueron redactadas originalmente en inglés), pero ya teniendo más de 20 años respondió a un cuestionario similar con algunas añadidas.

La pregunta 31 y siguientes están basadas en el cuestionario que James Lipton hizo popular en su *Inside the Actors Studio*, y que originalmente proviene de Bernard Pivot, un periodista francés cuyo programa *Bouillon de Culture* inspiró a Lipton.

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Cautela.

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

Que sea explícito.

03. ¿Y en una mujer?

Que sea bella y brillante.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Curiosidad, y que gusten del chisme.

05. ¿Su principal defecto?

Olvidar.

06. ¿Su ocupación favorita?

Crear.

07. ¿Su ideal de felicidad?

La familia.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Olvidar.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Más eficiente.

10. ¿En qué país desearía vivir?

En muchos.

11. ¿Su color favorito?

Colores cálidos.

12. La flor que más le gusta?

La que puedo pintar.

13. ¿El pájaro que prefiere?

Gaviotas.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Alienígenas: Faulkner, Poe, Onetti, Bioy, Borges, Hawthorne, Kafka, Apollinaire, Hesse, Cortázar, Lezama, Carpentier, García Márquez, Durrell, Böll, Eco, Hammett, Yourcenar, M Vásquez M, Gopegui, Yoss, Macullough, F. Herbert, F. Hernández... *Indígenas:* P. Palacios, Moyano, S. Manzano, Holst, Velasco, Miraglia, Páez, EA García, Ubidia, Egüez, Lucre Maldonado, Pérez, Dávila V., Terán, Behr...

15. ¿Sus poetas?

Los de “juera”: Lantigua, Wafy Sally, Arteca, Heraud, Curbello, “Catire” Hernández, García Lorca, Blake, M. Hernández... ; *y los “aborígenes”:* Maritza Cino, la Carmen Vásconez, el Hugo Avilés, Mussó, Secaira, E. Carrión, AVECILLAS, el Carlitos Vallejo, J. Pazos, Garzón, Alex Lima, Sojos.

16. ¿Un héroe de ficción?

El padre Guillermo Baskerville.

17. ¿Una heroína?

Úrsula Iguarán.

18. ¿Su compositor favorito?

Mozart, Serrat, Lennon, Tom Jobim.

19. ¿Su pintor preferido?

Los prerrafaelitas.

20. ¿Su héroe de la vida real?

Mis hijos.

21. ¿Su nombre favorito?

Trántor.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

Reluctancia al aprender.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

Olvidarme.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

El papa Wojtyla.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

Batalla de Gaugamela.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

Una gran memoria.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

Contento.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Humorísticamente cabreado.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

Los femeninos.

30. ¿Tiene un lema?

No.

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Mamá.

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

“Nuay”.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Aprender y transmitirlo.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

Cansarme.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

El agua que corre.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

Dientes masticando.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

Cojudo.

38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Astronauta.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Guardián.

40. ¿Su droga favorita?

Crear.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Gato.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

¿Quién te dejó pasar?

CUE
NTO



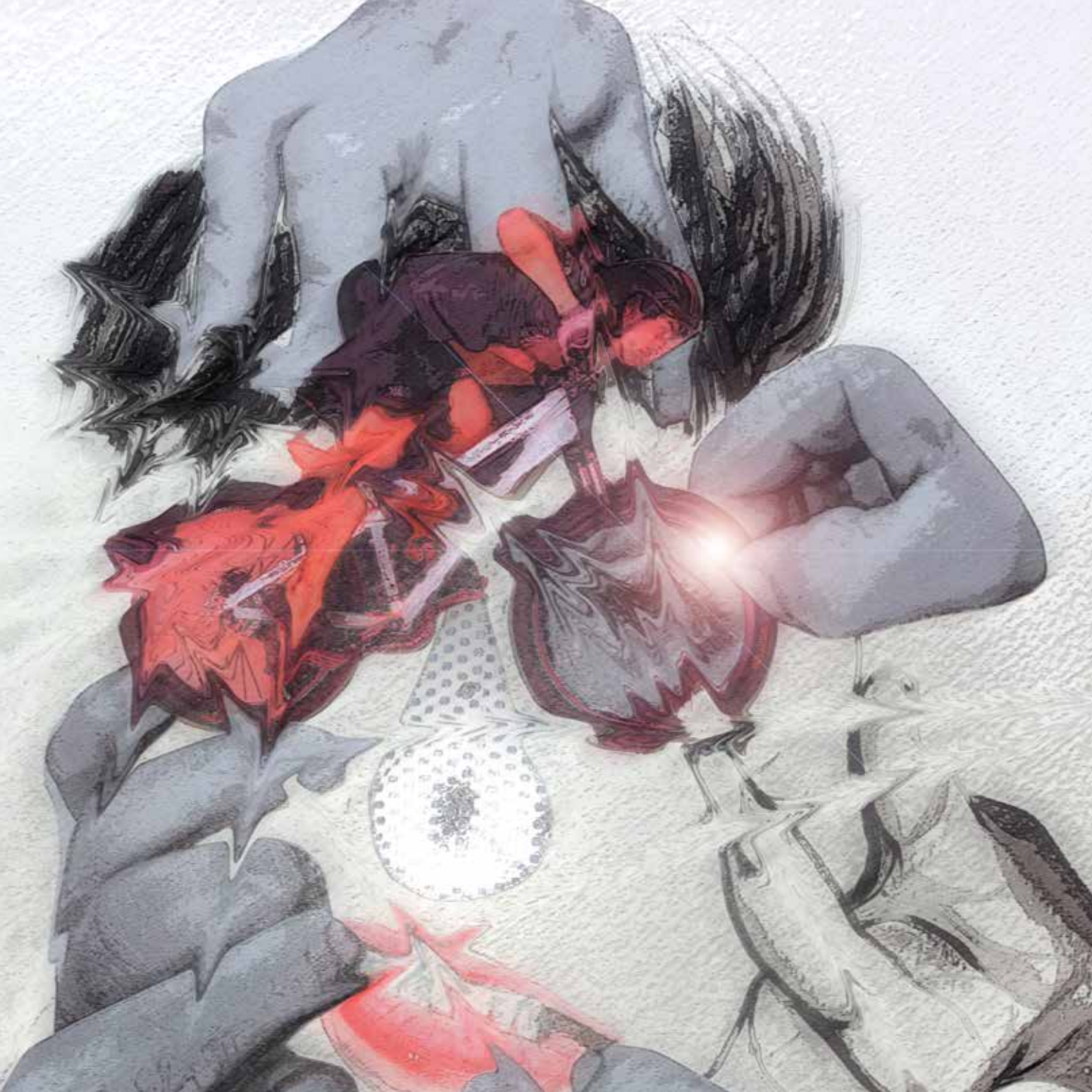
La Tristera

FABIÁN PATINHO

El perro no entiende qué hizo mal: por qué los paseos son fugaces y nunca cruzamos la esquina. Le alegra que estemos en casa, cada hora, cada minuto, pero algo le huele mal. Algo no encaja. No olemos a calle, no olemos a otras personas. El gato no comprende por qué no nos vamos nunca y seguimos aquí, ocupando su espacio, dejando rezagos de piel humana por todas partes, alejando a los bichos que le gustan, mirando por la ventana a lo lejos, a la distancia, como si nosotros también buscáramos pájaros.

Joaquín y la pequeña Gloria, los fantasmas, son los más molestos. Cerca de las cinco de la tarde, hacen maletas para buscar otro lugar. Un lugar tranquilo. Guardan su ropa de fantasmas, sus papeles de fantasmas, sus recuerdos de fantasmas y se van, arrastrando su tristeza. Siempre vuelven a medianoche, derrotados, con su tristeza de regreso.

Nadie les cree que son solo fantasmas.



Burladero

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ

Eonocí al hombre una tarde en que iba a tomar el metro en la estación de Atocha. Se veía como agotado, entramos juntos y compartimos el asiento. Estaba como triste, sus ojos veían y no veían. De pronto le pregunté, sólo por sacarlo de su tristeza, por la hora, me la dio con cierta indiferencia. Luego, me dediqué a mirar por la ventana cómo caía la noche sobre Madrid. El hombre seguía en silencio, hasta que se le ocurrió preguntarme si alguna vez yo me había sentido tan sola en este mundo. Le dije que sí, después que dejé el avión que me trajo desde Guayaquil. Entonces él medio sonrió diciendo que una vez estuvo en ese puerto, que le gustaron la cerveza y las mujeres, que fue a ver jugar a Barcelona, porque le llamó la atención que en esa ciudad hubiera un equipo

al que llamaran “torero”. Nos callamos. El metro se iba quedando sin gente, para bajarme no faltaba mucho.

De pronto, el hombre me clavó sus ojos verdes, muy bonitos, y pasándose la mano sobre su calva (tenía unos cuantos pelos) me dijo, te invito tía, vamos a tomarnos unas cañas, ¿os parece? Le respondí que mañana trabajaba, que estaba un poco cansada; pero él insistió tanto que me convenció, y terminamos en un bar donde nos echamos una y otra cerveza hasta que finalmente el hombre me dijo el motivo de su tristeza, se había dado cuenta que durante los mejores años de su vida no había hecho otra cosa que andar con mujeres de la vida fácil, de las que se enamoraba cada fin de mes, hasta que se fue aburriendo y desconfiando de todas. No sé cuántas cañas nos tomamos en ese bar en donde tocaban boleros cantados por una mujer cuya voz me llenaba el pecho de muchas nostalgias que se fueron ahogando con las caricias del hombre que eran muy inocentes.

Desde entonces quedamos en que él me esperaría en la estación de Atocha para bajar a ese bar que se llama “El burladero”. Nos gustó porque el dueño es un tipo que le encanta oír fados y boleros. Ahí nos dedicamos a beber cerveza hasta quedarnos dormidos de tanto bolero y de tanta cerveza, y de tanta pena compartida. Un buen día, el hombre sacó una flor blanca y sonriendo me dijo que sabía que era como mi padre, pero que quería compartir el resto de su vida conmigo, y por eso me llevó a su refugio que era como su propio templo. Ahí pasaron las horas, yo contándole lo que había hecho en Guayaquil hasta antes de quedarme sin plata, porque los banqueros (en el país esa crisis fue como un tsunami) se me llevaron los pocos ahorros que tenía después de haber trabajado durante algunos años en un almacén que vendía cosas importadas, que en realidad eran cosas contrabandeadas por los turcos.

Y él contándome de cómo habían sido sus años como trabajador en un manicomio de Madrid, en donde a veces llegó a confundirse al no poder distinguir quiénes estaban más locos, si los de adentro o los que andaban sueltos en la calle.

Sí, el hombre me dobla en edad, pero debo decir que antes de conocerlo me había metido con tipos que lo único que hicieron conmigo fue aprovecharse, incluso llegué a estar perdidamente enamorada de un profesor de un colegio nocturno, quien para completar su mensualidad me obligaba a meterme en la cama con algunos de sus compañeros de trabajo; y lo hacía para que se sintiera bien, para que supiera que una, a diferencia de la aburrida de su esposa, era capaz de todo. Pero este hombre de ojos verdes y calvo, que a veces arrastraba demasiado las eses y hablaba tan bajo que siempre tenía que adivinarle lo que quería decirme, era muy diferente a todos los que había conocido en mis días, por lo que sin pensarlo dos veces decidí quedarme en su refugio y no regresar. Decidimos vernos con su familia, sus dos hermanas y un hermano, sus sobrinos, su madre y padre, eso lo haríamos luego, en su hora. A veces le preguntaba qué dirían ellos de mí, y él me respondía, pues tía, nada, que tú eres mi maja, y eso es todo. Pensé que así sería, me bastaba con mirar sus ojos verdes para creer que todo estaba resuelto, que seguiríamos yendo a ese bar de las primeras cervezas a oír boleros y a embriagarnos hasta terminar desnudos haciendo locura y media en su refugio, que para mí la vida recién empezaba.

Y no miento, nunca antes había sido tratada ni había experimentado nada parecido. En verdad, la felicidad existía. Yo era una privilegiada al conocerla de lleno. Pero como dicen por ahí, la dicha tiene las alas cortas. Una noche llegaron los parientes y derribaron la puerta de nuestro refugio, entraron con la policía, dijeron que yo era la

guarra que antes limpiaba y trapeaba en su casa, que drogué al viejo, su hermano, el calvo, sabiendo que era un hombre depresivo, un inestable al que engañé y seduje con mi cuerpo, que de seguro lo envicié con estas porquerías (y sacaron unos frascos con sustancias que no he visto jamás en mi vida). Gritaban por los mil demonios, nunca quisieron escuchar mis explicaciones, repitieron que era una sudaca malvada, que había empeorado la enfermedad de su hermano. Yo les expuse que nunca fue así, que lo dejaran hablar a él; pero de inmediato le inyectaron algo y lo durmieron.

Desde entonces, después de que estuvieron a punto de deportarme, vuelvo a la estación de Atocha; me quedo horas de horas mirando a todos los hombres pelados y de ojos verdes que pasan por ahí, incluso muchas veces me acerco a preguntarles si se llaman Antonio Umbrales, si acaso lo conocen o han oído de él alguna vez. Lo mismo hago en “El burladero”, en donde al dueño siempre le pido que repita ese bolero que nunca sé quién diablos lo canta: Si tienes un hondo penar, piensa en mí... Lo escucho hasta que el hombre de la barra me sacude del brazo y me dice, vale tía, ven mañana para que me vuelvas a contar el culebrón con el Antonio, ese fantasma que espero un día venga a pagar las cañas por ti, ¿vale?





ESCRITORES
CONTRA EL
COVID
VID 19



EN UN POCO PEOR

(Respuestas a
algunos amigos)

No creo en declaraciones como “ya nada volverá a ser igual.”

FRANCE INTER.

Lunes 4 de mayo de 2020.

MICHEL HOUELLEBECQ

Debe admitirse: la mayoría de los correos electrónicos intercambiados en las últimas semanas tenían el objetivo principal de verificar que el interlocutor no estaba muerto, o estaba a punto de estarlo. Pero, después de comprobarlo, todavía tratamos de decir cosas interesantes, lo que no fue fácil, porque esta epidemia tuvo éxito en la hazaña de ser a la vez aterradora y aburrida. Un virus común, no muy prestigiosamente relacionado con virus de influenza oscuros, con condiciones de supervivencia poco conocidas, con características vagas, a veces benignas, a veces fatales, ni siquiera de transmisión sexual: en resumen, un virus sin cualidades. Esta epidemia puede causar varios miles de muertes cada día en todo el mundo, pero aún produce la curiosa impresión de no ser un evento. Además, mis estimados colegas (algunos, aun así, son estimables) no hablaron tanto al respecto, prefirieron

abordar la cuestión de la contención; y aquí me gustaría agregar mi contribución a algunos de sus comentarios.

Frédéric Beigbeder (de Guéthary, Pyrénées-Atlantiques).

En cualquier caso, un escritor no ve mucha gente, vive como un ermitaño con sus libros, el encierro no cambia mucho. Completamente de acuerdo, Frédéric, cuestionar la vida social, no cambia casi nada. Solo, hay un punto que olvida considerar (probablemente porque, viviendo en el campo, es menos víctima de la prohibición): un escritor, necesita trabajar.

Este encierro me parece la oportunidad ideal para resolver una vieja disputa entre Flaubert y Nietzsche. En algún lugar (olvidé dónde), Flaubert afirma que uno solo piensa y escribe cuando está sentado. Protestas y burlas de Nietzsche (también olvidé dónde), que llega a llamarlo nihilista (por lo tanto, sucede en el momento en que ya había comenzado a usar la palabra erróneamente): incluso diseñó todas sus obras mientras caminaba, todo lo que no se concibe en caminar apesta, además de que siempre ha sido un bailarín dionisiaco, etc. Poco sospechoso de simpatía exagerada por Nietzsche, debo reconocer sin embargo que en este caso, es más bien él quien tiene la razón. Se desaconseja tratar de escribir si no tiene la posibilidad, durante el día, de caminar varias horas a un ritmo sostenido:

Lo único que realmente importa es el ritmo mecánico, mecánico de caminar, que no tiene por primera razón para plantear nuevas ideas (aunque esto puede suceder, por segunda vez), sino para calmar los conflictos inducidos por el choque de ideas nacidas en la mesa de trabajo (y aquí es donde Flaubert no está absolutamente equivocado); Cuando nos habla de sus concepciones desarrolladas en las laderas rocosas del interior de Niza, en los prados de la Engadina, etc., Nietzsche divaga un poco: excepto cuando escribe una guía turística, los paisajes cruzados tienen menos importancia como el paisaje interior.

Catherine Millet (normalmente parisina, pero afortunadamente en Estagel, Pirineos Orientales, cuando cayó la orden de inmovilización). La situación actual lo hace pensar molestando en la parte de “anticipación” de uno de mis libros, La posibilidad de una isla.

Entonces me dije a mí mismo que era bueno, de todos modos, tener lectores. Porque no había pensado en hacer la conexión, cuando está bastante claro. Además, si lo pienso, eso es exactamente lo que tenía en mente en ese momento, con respecto a la extinción de la humanidad. Nada como una gran película de espectáculos. Algo bastante triste. Las personas que viven aisladas en sus células, sin contacto físico con sus semejantes, solo unos pocos intercambios por computadora, disminuyen.

Emmanuel Carrère (Paris-Royan; parece haber encontrado una razón válida para viajar). ¿Nacerán libros interesantes, inspirados en este período? Él se pregunta. Yo también me pregunto Realmente me hice la pregunta, pero básicamente no lo creo. En la peste hemos tenido muchas cosas, a lo largo de los siglos, la peste ha interesado mucho a los escritores. Ahí tengo dudas. Ya no creo medio segundo en declaraciones como “ya nada volverá a ser igual”. Por el contrario, todo permanecerá exactamente igual. El curso de esta epidemia es incluso notablemente normal. Occidente no es para la eternidad, por derecho divino, el área más rica y desarrollada del mundo; se acabó, todo eso, desde hace algún tiempo, no es una primicia. Si miras incluso en detalle, Francia está un poco mejor que España e Italia, pero menos que Alemania; De nuevo, esto no es una gran sorpresa.

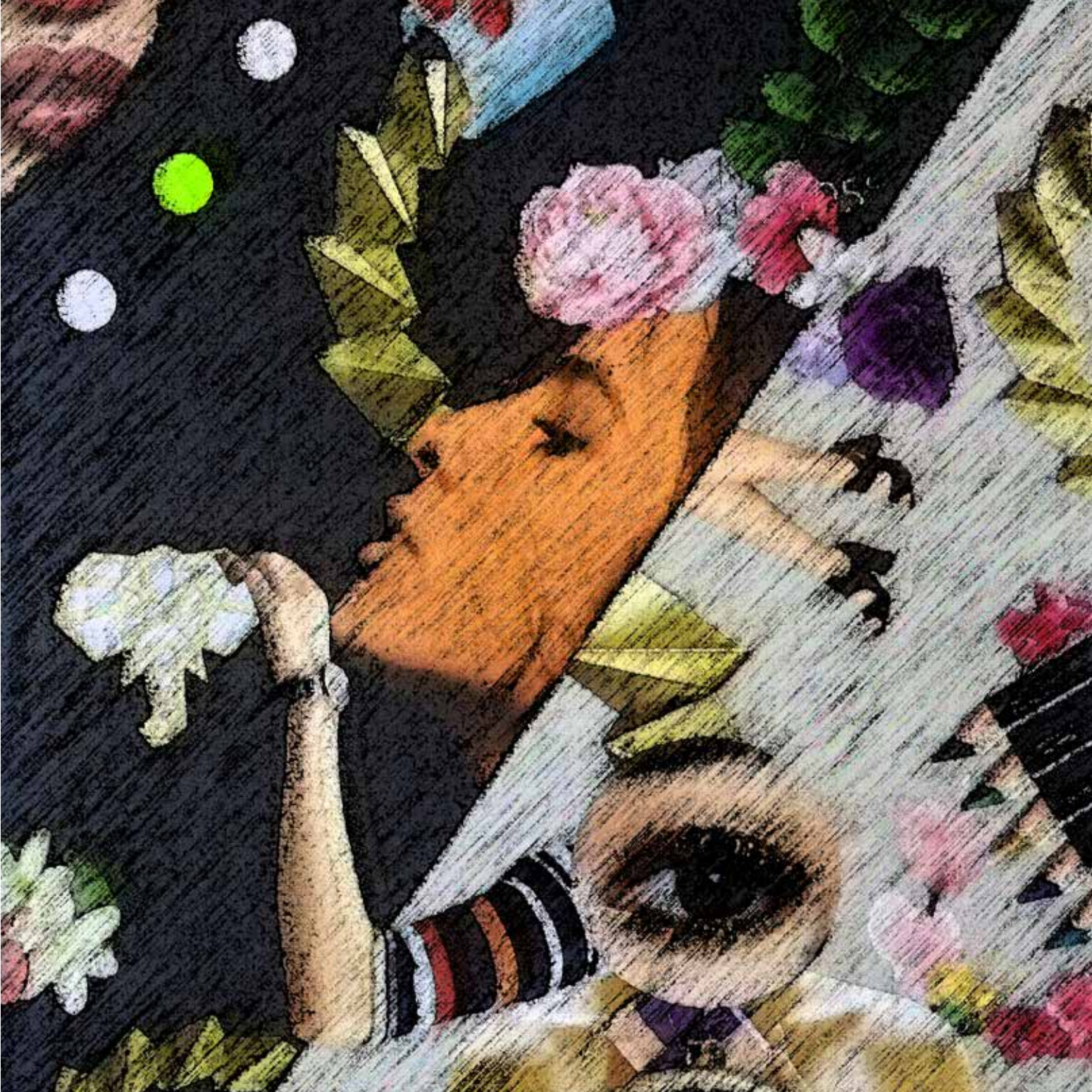
El resultado principal del coronavirus, por el contrario, debería acelerar ciertas mutaciones en progreso. Durante bastantes años, todos los desarrollos tecnológicos, ya sean menores (video a pedido, pago sin contacto) o mayores (teletrabajo, compras por Internet, redes sociales) han sido principalmente consecuencia (¿para el objetivo principal?) de

reducir los contactos materiales, y especialmente humanos. La epidemia de coronavirus ofrece una razón magnífica para esta fuerte tendencia: una cierta obsolescencia que parece afectar las relaciones humanas. Lo que me hace pensar en una brillante comparación que noté en un texto anti-PMA escrito por un grupo de activistas llamado “Los chimpancés del futuro” (descubrí a estas personas en Internet; Nunca dije que Internet solo tiene desventajas). Entonces, los cito: “En poco tiempo, tener hijos, de forma gratuita y al azar, parecerá tan incongruente como hacer autostop sin una plataforma web. » Compartir vehículos, compartir piso, tenemos las utopías que merecemos, bueno, sigamos adelante.

Sería igualmente erróneo decir que hemos redescubierto la trágica muerte, la finitud, etc. La tendencia desde hace más de medio siglo, bien descrita por Philippe Ariès, ha sido encubrir la muerte tanto como sea posible; bueno, la muerte nunca ha sido tan discreta como en las últimas semanas. Las personas mueren solas en el hospital o en las habitaciones de los hogares de ancianos, son enterradas de inmediato (¿o incineradas? La cremación está más en el espíritu de los tiempos), sin invitar a nadie, en secreto. Muertas sin ninguna evidencia, las víctimas se reducen a una unidad en las estadísticas de muertes diarias, y la ansiedad que se extiende entre la población a medida que aumenta el total tiene algo extrañamente abstracto.

Otra cifra se habrá vuelto muy importante en estas semanas, la de la edad de los enfermos. ¿Hasta cuándo deberían ser resucitados y tratados? 70, 75, 80 años de edad? Depende, aparentemente, de la región del mundo donde vivimos; pero nunca, en ningún caso, nadie había expresado con tanta tranquilidad el hecho de que la vida de todos no tiene el mismo valor; que desde cierta edad (¿70, 75, 80 años?), es como si ya estuviéramos muertos.

Todas estas tendencias, como dije, ya existían antes del coronavirus; solo se han manifestado con nueva evidencia. No nos despertaremos, después del encierro, a un mundo nuevo; será lo mismo, solo un poco peor.





Las Pandoras de la pandemia

SIRI HUSTVEDT

A

principios de abril, cuando la ciudad de Nueva York estaba casi totalmente paralizada, oía día y noche las sirenas de las ambulancias. Leía las noticias de que habían llevado camiones frigoríficos para albergar los centenares de cadáveres que salían de los hospitales a diario. Leía sobre los sepultureros que no daban abasto para enterrar los cuerpos. Pensaba en todas las personas que lloraban a sus muertos, por culpa de un virus completamente indiferente a su dolor.

Esa misma semana, el New England Journal of Medicine publicó un ensayo titulado ‘Huida de la Caja de Pandora’. El epidemiólogo David Morens y sus colegas usaban el mito griego de la primera mujer que abrió su caja y dejó salir las enfermedades, la muerte y otras desgracias

al mundo como una apropiada analogía de la pandemia. “Debemos ser conscientes —escribían— de que, en este mundo superpoblado, con 7.800 millones de personas, la mezcla de comportamientos humanos alterados, cambios medioambientales y mecanismos insuficientes de salud pública en todo el mundo pueden fácilmente hacer que unos virus animales desconocidos se transformen en amenazas existenciales para los seres humanos”. Es decir, hay motivos para temer que otros virus zoonóticos pasen calladamente, invisibles, de otras especies a la nuestra. “Ojalá”, decían, “podamos volver a meter a los demonios en la caja”.

En menos de nueve meses, la pandemia de la covid-19 ha alcanzado una cifra simbólica de fallecidos en el mundo que seguirá creciendo mientras la ciencia no dé con una vacuna eficaz

Estamos en septiembre. Los demonios siguen volando por todas partes. En Estados Unidos —pero no solo aquí—, la trayectoria del virus ha dependido mucho de las historias que se contaban sobre él, muchas de ellas ficticias.

Todas las culturas humanas crean relatos para explicar por qué las cosas son como son. En el mito original que cuenta el poeta griego Hesiodo, Zeus está furioso porque Prometeo ha robado el fuego a los dioses y entonces ordena la creación de la mujer, “un hermoso mal”, en castigo por ese delito. El sufrimiento humano tiene una causa, que adopta la forma de una mujer atractiva, insidiosa y malévola. La pandemia se ha convertido en caldo de cultivo para las historias que presentan la transmisión ciega de un virus como un malvado plan humano. El Pew Research Center ha averiguado que el 71% de los adultos en Estados Unidos conoce la teoría de que varios personajes poderosos pusieron deliberadamente en circulación el virus SARS-CoV-2. La tercera parte de los encuestados respondió que la historia era “probablemente” o “indudablemente” cierta.

La cifra oficial de muertos en Estados Unidos —que seguramente es más baja de la real— sobrepasa los 200.000. Una quinta parte de la cifra mundial, que ronda el millón de fallecidos.

En estos momentos, Nueva York es un oasis. El 8 de abril fallecieron de covid 700 personas. El 18 de septiembre murieron dos. Después de una primavera aterradora en la que estaba dormida, salvo las ambulancias, la ciudad ha ido despertando poco a poco. El tráfico ha vuelto. Las sirenas han recuperado su ritmo de siempre, pero no podemos comer en el interior de un restaurante y el comienzo del curso en los colegios ha estado lleno de dificultades. En mi barrio casi todo el mundo lleva mascarilla, aunque a veces las veo por debajo de la barbilla o con la nariz fuera. Sin embargo, en el conjunto del país la mascarilla no está generalizada, ni mucho menos. Llevar el rostro desnudo es una declaración política, una señal visible de la historia que esa persona ha decidido creer.

En los mítines de Trump, las muchedumbres sin mascarilla le vitorean mientras él sonríe y expresa ruidosamente su aprobación. Hay millones de estadounidenses convencidos de que el virus es un “fraude” o de que las cifras de muertos se han exagerado. Circulan, con ayuda del presidente, teorías de la conspiración que hablan del “Estado profundo”. En Internet se vende una mascarilla que muestra esta frase: “Esto parece una simple mascarilla, pero en realidad forma parte de una vasta conspiración de los progresistas y China para destruir Estados Unidos y derrocar al hombre blanco”. Cuando la vi me reí, pero es un humor siniestro. Algunas teorías conspirativas son más estrambóticas que otras y Estados Unidos no es el único país en el que circulan. Lo irónico es que además son letales. Nadie sabe exactamente cuántos seguidores de Trump han contraído la enfermedad o han muerto después de sus mítines. Lo único que sabemos es que el número de casos en esas zonas ha aumentado inmediatamente después.

Los seres humanos son víctimas de las ficciones colectivas que difunden. Los científicos utilizaron el viejo mito de Pandora para ilustrar los peligros provocados por un planeta en rápida transformación. No creo que estuvieran pensando en la misoginia descarada de la historia, pero el odio a las mujeres, como el odio a los negros y los morenos, los

inmigrantes, los judíos, las comunidades LGTB y las élites urbanas, ha favorecido la propagación de la covid-19 en Estados Unidos. Muchos Estados se negaron a tomar unas precauciones razonables. Después del confinamiento, abrieron las tiendas y los negocios demasiado pronto. No exigieron mascarillas ni medidas de distanciamiento. Eran bravuconadas republicanas dirigidas al miedo a la castración. “Representa la sumisión”, le dijo un hombre a la periodista Brie Anna Frank a propósito de la mascarilla. “Es ponerse una mordaza, mostrar debilidad, sobre todo para los hombres”.

El politólogo Tyler T. Reny investigó las reglas masculinas y el coronavirus en un ensayo publicado en julio. Su conclusión es que las ideas sexistas “son, una y otra vez, el indicador más fiable de emociones, comportamientos y actitudes políticas relacionadas con el coronavirus e incluso de la probabilidad de contraer la covid-19”. “Este estudio”, escribe, “pone de relieve que la ideología de género puede afectar a la salud y ser un obstáculo para las campañas oficiales de salud pública”. Otros ensayos ofrecen distintos puntos de vista. En Estados Unidos, el mayor indicador de la probabilidad de contraer el virus y, sobre todo, de morir debido a él, es la pobreza. La pandemia ha resaltado las desigualdades de un sistema privado de salud basado en los beneficios empresariales y el racismo inherente a él.

Se suele pensar que la biología es una realidad fija, diferenciada de nuestra psicología y de los mundos sociales en los que vivimos. Tenemos corazón, pulmones, hígado y cerebro que, a veces, sufren averías. Vamos al médico para que arreglen el problema, pero no siempre hay remedio. Nos morimos. Nuestras conversaciones con otras personas y nuestras opiniones políticas están separadas de nuestro cuerpo, son aéreas e inmateriales. Pero la pandemia nos ha demostrado que estas divisiones son falsas. No es posible separar lo biológico, lo psicológico y lo sociológico. Las circunstancias sociales y los relatos políticos están estrechamente unidos a la epidemia en general. El odio y las desigualdades influyen en la salud. El sistema inmunitario es muy sensible al estrés y, si sufre

tensiones continuas, puede modificar la expresión génica y provocar una inflamación que, con el tiempo, tiene efectos perjudiciales para la persona. El racismo es un factor de estrés, y se están estudiando sus repercusiones. Olusola Aijore y April Thames publicaron en agosto un artículo sobre este tema en Brain, Behavior, and Immunity: “El incendio en esta ocasión: la tensión del racismo, la inflamación y la covid-19”.

Las personas que creen en la ciencia miran asombradas las extravagantes teorías de extrema derecha que se han difundido en todo el mundo, sobre planes siniestros en los que a menudo figuran Otros que sirven de chivos expiatorios: la mujer, Hillary Clinton, el hombre negro, Barack Obama, y el judío, George Soros, tres personas a las que en 2018 se enviaron paquetes que contenían bombas. Los tres llevan mucho tiempo formando parte de la mitología de Trump: Hillary Clinton es una delincuente, “Hillary la corrupta”, Obama no es estadounidense y nació en Kenia, y Soros paga a los manifestantes de Black Lives Matter para que protesten. Cuidado, las cosas no son lo que parecen. La verdad está oculta y es terrible. Bajo el bello exterior de Pandora reside el mal. QAanon ha atraído a un gran número de seguidores con su historia sobre progresistas pedófilos, malignos y poderosos que esclavizan a los niños. Los grandes medios de comunicación se apresuran a señalar que “los hechos” no sostienen estas mentiras, pero me da la impresión de que eso les da bastante igual a los creyentes. Lo que no suele destacarse es que sí hay gente poderosa que ha urdido verdaderas conspiraciones contra una población desprevenida.

Las compañías tabacaleras y farmacéuticas están acostumbradas a censurar los estudios que las perjudican para aumentar sus beneficios. La historia de Estados Unidos está llena de estudios médicos abusivos, algunos llevados a cabo en secreto. En 1941, un grupo de virólogos, entre los que estaban Thomas Francis y Jonas Salk, inocularon a pacientes de centros de salud mental en Michigan el virus de la gripe, sin que ellos lo supieran. No falleció nadie, pero fue cuestión de pura suerte. Entre 1946 y 1948, el Gobierno estadounidense, con la cooperación de las autoridades

guatemaltecas, infectó de sífilis, sin su consentimiento, a 700 hombres y mujeres, muchos de ellos prisioneros y enfermos mentales. En el tristemente famoso experimento de Tuskegee, en Alabama (1932-1972), en el que se manipuló a 600 hombres negros, 400 de los cuales padecían sífilis, el Gobierno les prometió una atención médica gratuita que nunca recibieron. Mucho después de que se descubriera el antibiótico que cura la sífilis, los médicos a cargo del experimento seguían viendo morir a los hombres de una enfermedad horrible. Como dijo un comentarista: el siniestro “experimento” reveló muchas más cosas sobre el racismo que sobre la sífilis. La ciencia no está libre de ideologías repugnantes, ni históricamente ni en la actualidad.

Aunque muchos miembros de la Administración han declarado la “guerra” al virus, una serie inerte de sustancias bioquímicas que solo cobran vida cuando entran en contacto con un organismo no sacia el ansia de tener un enemigo, una Pandora capaz de asumir las culpas de nuestra situación. El nombre de un clérigo paquistaní, Maulana Tariq Jameel, llegó a los titulares de prensa en mayo cuando dijo que la pandemia era prueba de la ira de Dios contra “la desnudez y la obscenidad”. En su opinión, las impúdicas culpables que han acarreado este castigo sobre su país y, por extensión, el mundo entero, son “las hijas de la nación”, no los hijos. Hizo mención especial de las chicas que bailan con faldas cortas.

Las ideologías fascistas florecen aprovechando la angustia, la incertidumbre y una firme identidad nacional y nativista, a menudo envuelta en significados casi religiosos u ortodoxos. España, Italia y Alemania desarrollaron distintas versiones del fascismo europeo en diferentes circunstancias culturales pero con rasgos comunes, como la fuerte necesidad de recortar los derechos de las mujeres, especialmente los derechos reproductivos. Ahora están volviendo a aparecer en todo el mundo nuevos tipos de movimientos autoritarios, antidemocráticos y con tintes fascistas. La actitud beligerante de los nacionalistas hindúes me recuerda a los airados partidarios de Trump,

los miembros de nuestras milicias de extrema derecha y los neonazis que desfilaron en Charlottesville, Virginia, en 2017. Estos sistemas de creencias solo sobreviven cuando hay enemigos humanos a los que vilipendiar. Para los violentos nacionalistas hindúes inspirados por las ideas de pureza racial de Hitler, los musulmanes, los cristianos y otras minorías religiosas son objetivos a los que atacar. En Occidente, las feministas, las personas de género no binario, los inmigrantes, las minorías raciales y los marginados de todo tipo son objetivos engullidos por relatos grandiosos que explican por qué las cosas están tan mal. Esos relatos son rudimentarios y eficaces. Dividen el mundo en dos, el bien y el mal, hombres y mujeres, negros y blancos, y así proyectan sus demonios sobre los demás para realizarse a sí mismos.

Durante una pandemia mundial en la que hay tantas personas aisladas, sin seguridad económica y con miedo al futuro, las teorías sobre Pandora cobran fuerza. En mi país estamos en vísperas de unas elecciones que es muy posible que sean decisivas para la muerte o la supervivencia de la república democrática. Donald Trump y otros aspirantes a déspotas o déspotas en toda regla tienen en todo el mundo muchos millones de seguidores que se tragan sin rechistar las teorías paranoicas sobre los Otros que nos amenazan. Si no contaran con ese apoyo de masas, estos hombres desaparecerían al instante. Lo irónico y terrible es que, si hemos aprendido algo de la pandemia, es que todos los seres humanos somos ciudadanos vulnerables del mismo planeta y dependemos no solo unos de otros sino también de unos ecosistemas cada vez más frágiles sin los que no podemos sobrevivir como especie. La acción colectiva puede cambiar las cosas. Las protestas sonoras y el voto pueden cambiar las cosas. Y la versión que decidamos contar de la historia de nuestra humanidad común sobre la Tierra también puede cambiar las cosas.



Exhortación a los médicos de la peste

ALBERT CAMUS

Los buenos escritores ignoran si la peste es contagiosa. Pero suponen que sí. Y por eso, señores, opinan que ustedes deberían mandar abrir las ventanas del cuarto en el que visiten a un enfermo. Solo hay que recordar que la peste bien puede encontrarse en las calles e infectarlos de todos modos, estén o no las ventanas abiertas.

Los mismos escritores también les aconsejan que utilicen una máscara con gafas y se coloquen un paño mojado

en vinagre bajo la nariz. Lleven una bolsita con todos los extractos recomendados en los libros: melisa, mejorana, menta, salvia, romero, azahar, albahaca, tomillo, serpol, lavanda, hoja de laurel, corteza de limonero y peladura de membrillo. Sería deseable que vistieran por completo de hule. Aun así, pueden hacerse ajustes. Pero no hay ajustes posibles en las indicaciones sobre las que están de acuerdo los buenos y los malos escritores. La primera es no tomarle el pulso a un enfermo sin antes mojar los dedos en vinagre. Adivinarán el motivo. Pero acaso lo mejor sería abstenerse de hacerlo. Pues si el paciente tiene peste, no se le quitará con esa ceremonia. Y si ha salido indemne, no los habrá llamado. En tiempos de epidemia, cada cual se cuida el hígado solo, para evitar confusiones.

“Deberán pensar con frecuencia en la propia ignorancia, para estar seguros de observar la medida, única señora de las epidemias”.

La segunda indicación es nunca mirar al enfermo a la cara, a fin de no ponerse en la trayectoria de su aliento. Por eso mismo, si, aun dudando de la utilidad del procedimiento, han abierto la ventana, sería bueno que no se pusieran en la corriente de aire, que puede acarrear al mismo tiempo el estertor del apestado.

Tampoco visiten a los pacientes estando en ayunas. No lo resistirían. Sin embargo, no coman de más. Perderían el ánimo. Y si, a pesar de todas las precauciones, les cae en la boca una gota de veneno, pues para ello no hay remedio, a menos que no traguén saliva durante toda la visita. Esta es la indicación más difícil de seguir.

Una vez observado, mal que bien, todo lo anterior, no deben creerse a salvo. Pues existen otras medidas muy necesarias para la protección del cuerpo, aun cuando atañen más bien a la disposición del alma. “Ningún individuo”, dice un autor antiguo, “puede permitirse tocar nada contaminado en un país donde reine la peste”. Eso está bien dicho. Y no existe rincón que no debamos purificar en nosotros, incluso en lo más secreto de nuestro corazón,

para poner de nuestra parte las pocas oportunidades que queden. Eso es especialmente cierto en el caso de los médicos como ustedes, que están más cerca, si cabe, de la enfermedad, y resultan por ello aún más sospechosos. Tienen que predicar con el ejemplo.

Para empezar, nunca deben tener miedo. Se sabe de gente que llevó a cabo muy bien su oficio de soldado con miedo a los cañones. Pero lo cierto es que las balas matan por igual a valientes y medrosos. El azar incide en la guerra, pero muy poco en la peste. El miedo infecta la sangre y calienta los humores: lo dicen todos los libros. Así pues, predispone a quedar bajo la influencia de la enfermedad; y para que el cuerpo venza la infección, el alma tiene que ser fuerte. Por cierto, no hay peor miedo que el miedo al final postrero, pues el dolor es temporal. De ahí que ustedes, los médicos de la peste, deban plantar cara a la idea de la muerte y reconciliarse con ella, antes de entrar en el reino que la peste les prepara. Si salen vencedores en esto, lo serán en todo, y los verán sonreír en medio del terror. En conclusión, les hará falta una filosofía.

También tendrán que ser discretos en todo, lo que no quiere decir en absoluto ser castos, otra forma de exceso. Cultiven una alegría razonable a fin de que la pena no altere la fluidez de la sangre y la prepare para la descomposición. En este sentido, no hay nada como usar el vino en buena cantidad, para aligerar un poco el aire de pesadumbre que les llegue de la ciudad apestada.

En términos generales, observen la medida, primer enemigo de la peste y regla natural de la humanidad. Némesis no era, como les contaron en el colegio, la diosa de la venganza, sino de la medida. Y asestaba sus terribles golpes a los hombres solo cuando estos se habían entregado al desorden y el desenfreno. La peste procede del exceso. Es en sí misma un exceso e ignora la contención. Ténganlo presente si quieren combatirla con clarividencia. No le den la razón a Tucídides, que habla de la peste en Atenas y dice que los médicos no eran de ninguna ayuda porque, en principio, abordaban el mal sin conocerlo. La epidemia adora los cuchitriles secretos.

Acérquenos la luz de la inteligencia y la equidad. En la práctica, verán que es más fácil que no tragarse la saliva.

Por último, tienen que ser capaces de controlarse. Y, por ejemplo, hacer que se respeten las normas que hayan elegido, como el bloqueo y la cuarentena. Un historiador de Provenza cuenta que, en el pasado, cuando un confinado lograba escapar, mandaban que le rompieran la cabeza. No desearán eso. Pero tampoco pasarán por alto el interés general. No harán excepciones a las normas durante todo el tiempo que estas sean útiles, ni siquiera cuando el corazón los apremie. Se les pide que olviden un poco quiénes son, sin olvidar jamás lo que se deben a ustedes mismos. Esa es la regla de un honor tranquilo.

Armados con estos remedios y virtudes, solo les restará hacer frente al cansancio y conservar la imaginación viva. No deben nunca, pero nunca, acostumbrarse a ver a los hombres morir como moscas, según ocurre en nuestras calles hoy, y según ha venido ocurriendo siempre, desde que la peste recibió su nombre en Atenas. No dejarán de conmoverse al ver las gargantas negras de las que habla Tucídides, que supuran un sudor sangriento y de las que la tos ronca arranca a duras penas escupitajos aislados, pequeños, salados y de color azafrán. No se moverán con familiaridad entre los cadáveres de los que se apartan incluso las aves de rapiña para huir de la infección. Y seguirán rebelándose contra la terrible confusión en la que perecen en soledad quienes niegan sus cuidados a los demás, mientras que mueren amontonados quienes se sacrifican; en la que el goce ya no recibe su aprobación natural, ni el mérito su orden; en la que se baila al borde de las tumbas; en la que el enamorado rechaza a la amada para no contagiarle su mal; en la que no carga con el peso del delito el delincuente, sino el animal expiatorio que se elige en pleno desconcierto de una hora de espanto.

El alma sosegada es la más firme. Ustedes se mantendrán firmes ante esa extraña tiranía. No servirán a una religión tan vieja como los

cultos más antiguos. Esa mató a Pericles, que no quería más gloria que la de no causar el luto de ningún ciudadano, y no ha cesado de diezmar a los hombres y exigir el sacrificio de los niños desde aquel ilustre asesinato hasta el día en que descendió sobre nuestra ciudad inocente. Aunque esa religión procediera del cielo, deberíamos afirmar que el cielo es injusto. Si llegan ustedes a ese punto, no verán en ello motivo alguno de orgullo. Al contrario, deberán pensar con frecuencia en la propia ignorancia, para estar seguros de observar la medida, única señora de las epidemias.

Ni que decir tiene, nada de esto es fácil. A pesar de las máscaras y las bolsitas, el vinagre y el hule; a pesar de la placidez del coraje y los firmes esfuerzos, llegará el día en que no soportarán la ciudad llena de moribundos, el gentío dando vueltas en las calles recalentadas y polvorientas, los gritos, la angustia sin futuro. Llegará el día en que querrán gritar de asco ante el miedo y el dolor de todos. Ese día, no podré hablarles de ningún remedio salvo la compasión, que es pariente de la ignorancia.



Notas para los abrazos que dejamos suspendidos en el aire

TATIANA LANDÍN

Escribir para rastrear la memoria, para rastrear la ausencia desde el presente. Sé que a mi abuelo le gustaba que yo escribiera. Al parecer, mi nombre impreso en alguna publicación lo llenaba de una cierta alegría, que tal vez tuviera algo que ver con la extensión de su legado. Y esto lo digo con imprecisión porque no me gusta poner palabras que limiten. Cuando se trata de sentimientos las posibilidades de evocación deben ser infinitas.

Mi abuelo fue el neurocirujano Roberto Ramírez

Cucalón y falleció en tiempos de la pandemia. Sus dolencias de vejez se fueron agravando ya hace varios meses, no murió de COVID-19, pero su despedida nos hizo sentir a mi familia y a mí, enfrentados a una nueva forma de relación con la muerte. A habitar las estancias de la reparación.

La pandemia que reduce el contacto social, que nos obliga a medir la distancia entre los cuerpos, a adaptar nuestra rutina a implementos higiénicos que ahora son parte de nuestra vida cotidiana, ha hecho de nosotros una maquinaria de subjetividades irreparables. Ahora usamos una mascarilla de protección para que contenga nuestra ansiedad frente al contagio y que se convierta en el camuflaje de nuestra indefensión. Pero cuando la muerte nos toca muy de cerca, la fragilidad humana no tiene escapatoria. Nos quedamos expuestos y rendidos ante la impotencia.

Todo esto lo digo teniendo en cuenta cómo el último adiós a un ser querido se convierte en una prolongación de la pérdida: la anulación de los ritos, la supresión de los abrazos y la cancelación de los afectos cercanos. Sólo basta remontarme a lo que fue el entierro de mi abuelo para remover la herida de la ausencia, pero me detengo a pensar en las víctimas del virus y en los familiares que aún no han sellado el pacto del presente en una simulación de adioses. Y es como transitar los ciclos del desasosiego.

El tiempo COVID-19 también es la insignia de la potencia solidaria y colectiva que encuentra salida en las voces cotidianas, voces que expresan el dolor, voces que denuncian la desigualdad inscrita en ciertos cuerpos y constatan la ineficiencia de un sistema social. La memoria de la precariedad, la atención a los testimonios históricos nos permite vernos en los otros, encontrarnos en el camino de la vulnerabilidad; o en palabras de Paul Ricoeur: “El testimonio desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración de que aquello existió”. Marcar la huella, convertirla en el rastro de vidas que importan, a pesar de los abrazos que quedaron suspendidos en el aire.



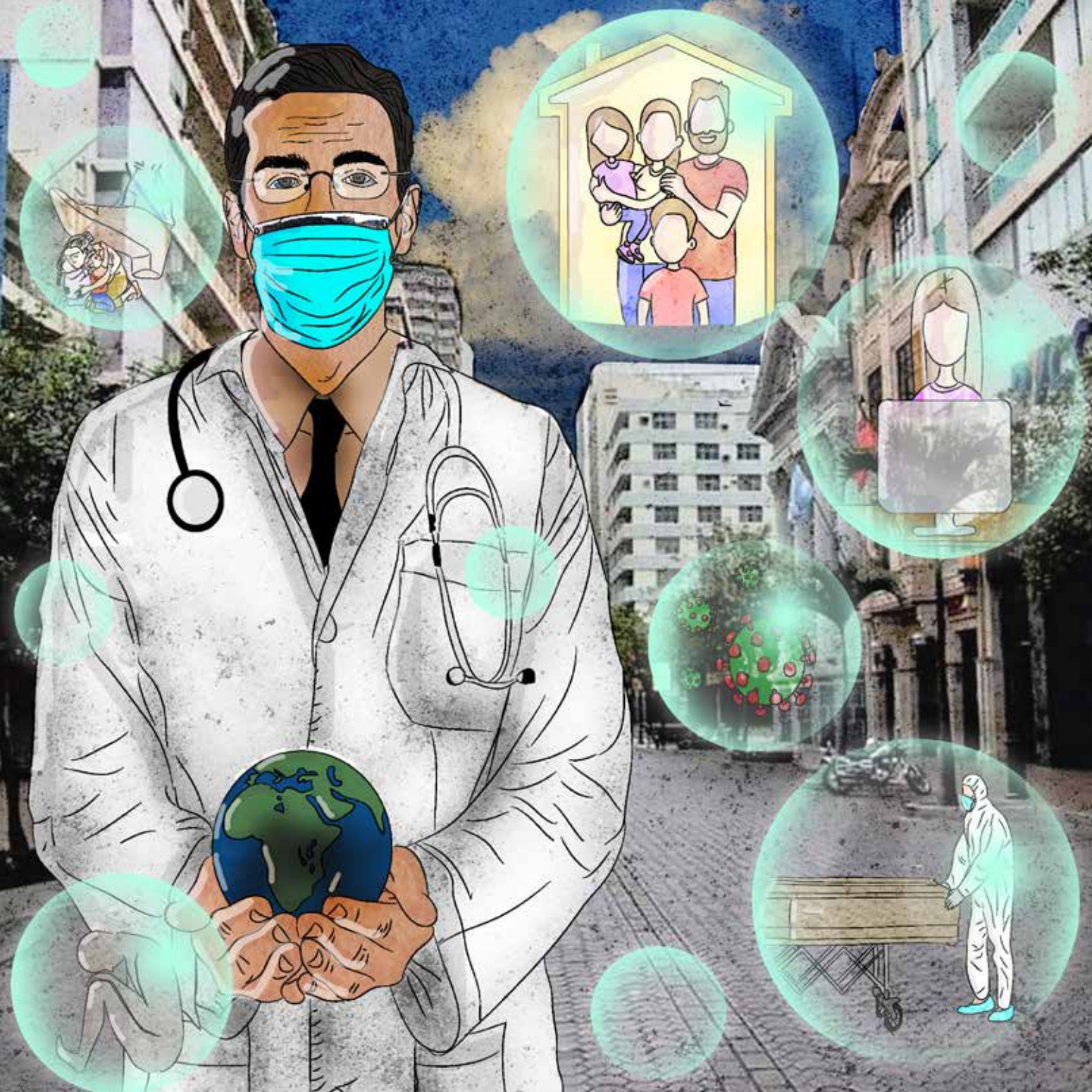
Violeta

DALTON OSORNO

La mañana que Violeta pugnaba por levantarse, pudo comprobar que había envejecido. “Tanto me ha menoscabado esta senescencia”, dijo y se aferró a la degolladura. “Señor mío, para qué esta duración?” Jamás imaginé que los años repicarían para vivir con los nietos de mi hija en tierra lejana. Nadie estaba para ayudarla. Repasó la habitación donde yacía: el ventanal humedecido por la lluvia del invierno, la persiana filtraba la luz matinal; el espejo del armario reflejaba parte del cubículo: el rosario de Tierra Santa, retratos al óleo de sus hijos: Rocío y Néstor, fotografías de sus nietos: Susana y Rafael, una postal de sus bisnietos con Papá Noel: Mía, Lily y Liam, el Calendario Franciscano 2020, una acuarela descolorida, la poltrona, la bicicleta estática que pocas veces montó; el semanero donde guardaba alhajas, prendas íntimas, amuletos, cuentas, un álbum musical con los acordes de La

Bohemia, cartas, su diario, fichas y los libros de enseñanza: Elementos de Geografía de Josefina Passadori; Historia animada del Ecuador de Óscar Efrén Reyes; El Ecuador de Eloy Alfaro de Alfredo Pareja Díez-Canseco; sobre el velador: medicamentos, dos pares de anteojos que extraviaba siempre, una pócima de valeriana, pasiflora, mejorana y ruda para alargar el sueño y el control de la tele. Necesitaba llamar por ayuda, pero un nudo invisible ahogaba sus palabras y menguaba sus fuerzas. “Caray, el precio de la vejez”, decía y aguardó el apoyo con paciencia que jamás había tenido porque fue una tolvenera en sus quehaceres. Llegaron sus hijos y la levantaron. “No estoy renegando de esta doble peste”, murmuró y fue al baño, luego al comedor y desayunó algo de la dieta prescrita, retornó a la recámara refunfuñando, ya arrellanada en la poltrona preguntó dónde estaba: “Guayaquil o Wharton” y comenzó a columbrar. Diante, necesito recordar para no desquiciar y morir, porque la guadaña no viene llegando con los años, sino con el olvido que es la misma parca. Afirman que quien está perdiendo la calamorra debe procurarse una de tinta en papel. Yo, he tomado este cuaderno de apuntes de mi hijo para borrar los tráfagos de la mía. Cicerón dijo: “El que sufre tiene memoria”, trataré de contradecirlo y haré una fiesta con mis remembranzas. Ahora veo, entre dormida o despierta por el potingue para la vejez: maletas, abrigos, pasaportes y la caminadora. Fuga aérea de la muerte para la vida en tiempo de COVID-19, que mata al mundo por millares diariamente. Estoy perdiendo retentiva y vitalidad, empero, sacaré fuerzas para viajar y contarle a mis bisnietos en Wharton que hubo un tiempo en que convivíamos sin miedos, cuarentenas, matasanos, colas para pábulos y fármacos, vestiduras con visores, tapabocas, manoplas, zapatones... ¿salvación u óbito!?





M

INTRA MUROS

SOLANGE RODRÍGUEZ

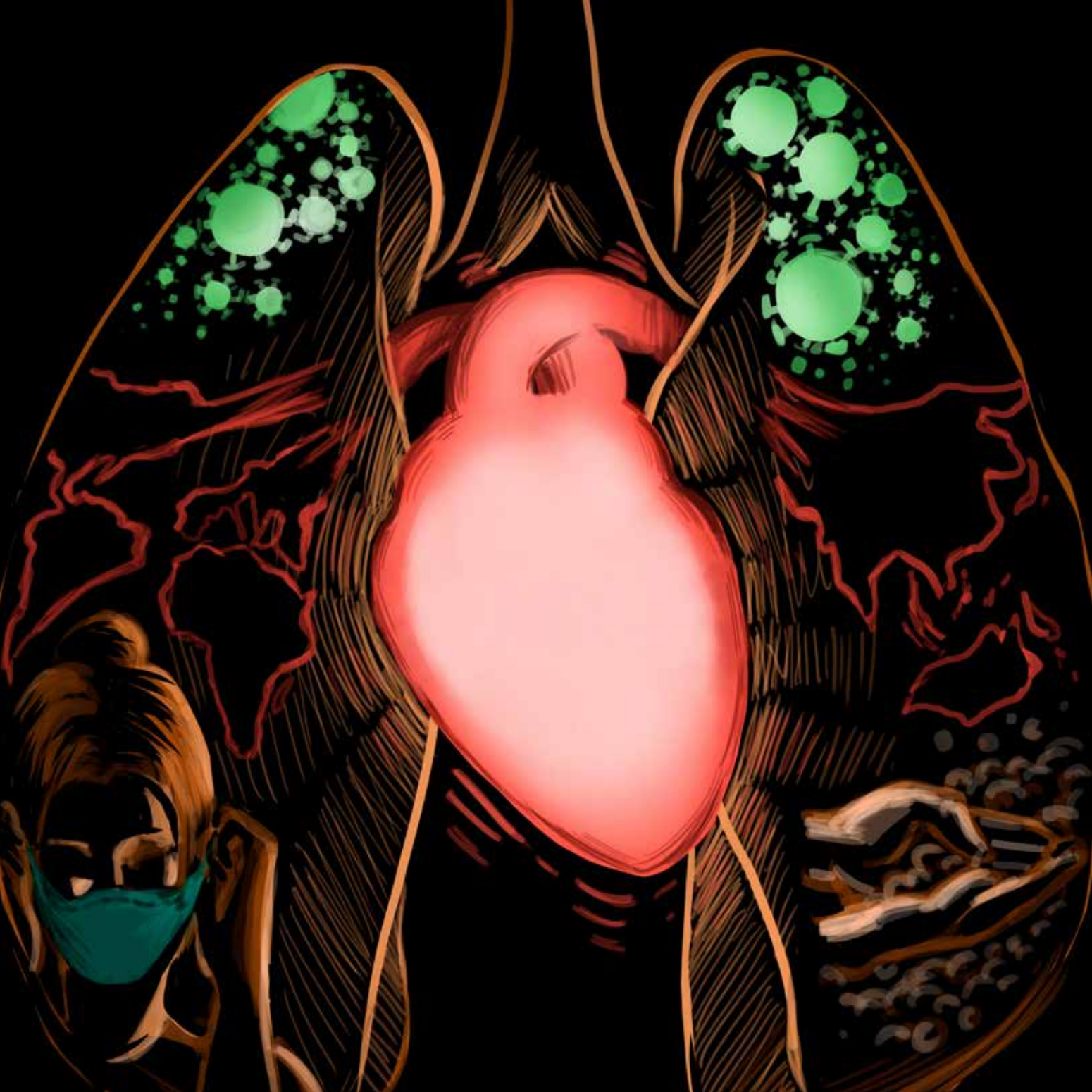
Mientras vamos y venimos, tarde y mañana por el pasillo, para mantenerlos activos, sabemos que han nacido nuevos chicos porque escuchamos sus llantos. Como ya somos tantos, empezaron a numerarnos por orden de llegada. Acaba de nacer Sesenta y tres. Sesenta y dos no vio la luz porque mamá consideró que no venía en buenas condiciones. Yo alcancé a tener nombre.

El manzano es muy alto y es el que divide el patio en dos. De un lado corretean los niños y por el otro toman sol los viejos, cerca de los sembríos y de las lápidas. En el comedor es donde elegimos pareja. Nos está permitido tener varias a lo largo de la vida, pero no más de tres. Eso mamá lo leyó en una revista y nos lo recalca mucho. La biblioteca es donde se aprende cómo era el mundo antes de este confinamiento. Conocí a Doce porque le gustaba leer tanto como a mí y me impresionó su habilidad para quebrar las reglas. Tras las estanterías tuvimos nuestro primer acoplamiento. Desobedientes, no solicitamos turnos para hacerlo en los baños, como todo el mundo.

Doce también me enseñó a trepar al manzano para ver fuera de las paredes de esta casa y a mirar largamente las sombras de la luna (Doce dice que desde allí también alguien atrapado, nos mira). Ella planea que algún día saltará las murallas y saldrá de aquí para explorar la tierra así esté devastada, como mamá cuenta. A mí, en cambio, solo me interesa saber qué número de pareja soy en su vida. Y si lograré convencerla para que se quede. Ella ignora lo que le pregunto, mirando siempre en dirección del vecindario tapiado donde otras familias numerosas han encendido sus propias luces. Temo que yo no sea su compañero número tres.



ROO
KIES



SCUM 2.0

CRISTIAN ALVARADO

“

Yo le disparé a Santiago Echevarría. Tenía demasiado control sobre mi vida”. A altas horas de la noche, cuando la luna se oculta de los demonios que desfilan bajo el cielo de la madrugada, Valeria pronunció esas palabras, con una voz metálica y espectral, en la puerta de mi apartamento. En el noticiero vespertino habían anunciado la muerte del reconocido director, actor y profesor de teatro Santiago Echevarría. La reportera daba los siguientes detalles sobre el levantamiento del cadáver por parte de criminalística: el cuerpo fue hallado en el taller del actor, ubicado en el norte de la ciudad, con tres impactos de bala, pistola tipo Hi-estándar, Calibre 22. El primer proyectil atravesó el tórax, perforando su pulmón izquierdo, mientras los disparos restantes se encarnizaron en la entrepierna del

occiso. El fiscal, un hombre menudo y panzón, había ordenado iniciar la investigación rutinaria correspondiente. Después de revisar la escena del crimen, los agentes solo habían encontrado un pequeño libro, encima de los restos de la pelvis del difunto, con la imagen de una mujer usando boina como portada, pero ninguna prueba en concreto. En las redes sociales no tardaron de circular versiones diversas sobre la muerte del actor, y algunos chismes sobre su vida privada.

La controversia se encendió cuando apareció un post en el perfil de Twitter de Adela Muñoz, la exmujer del actor, en el que ella se pronunciaba para expresar su dolor, pero, sobre todo, para echar toda su rabia sobre la estudiante de teatro, Alicia Pazmiño, con quien Echevarría había mantenido un reciente amorío que había sido suficiente para desquebrajar un matrimonio de cuatro años.

La reacción de Alicia no se hizo esperar. Con pocas palabras, decía en su post que lamentaba lo de Santiago, pero que, sin dudarlo, su relación con él fue una suma de engaños y abusos, un desliz que provocó un derrumbe estrepitoso en el orden de su vida. Todo eso había quedado atrás. Ahora ella se encontraba mejor, continuando sus estudios en Barcelona. Tenía razones de sobra para no responder a la exmujer de un ex amante, y prefería mantenerse lejos del pequeño infierno local.

Y así en las redes fueron apareciendo confesiones y habladurías. Se debatían el protagonismo entre los que consideraban al actor y profesor, un honorable y destacado profesional, un achichincle del alcalde, un crápula con cara de dandy tropical venido a menos, y un Gran Padrino de la escena teatral de la ciudad. Sin embargo, un sorpresivo post empezó a regarse en las redes provocando un escándalo contenido, como retener un grito dentro de un vaso de cristal.

El perfil de una tal Valerie Solanas había añadido una reveladora publicación, en la cadena de tweets que echaba flores sobre el sepulcro virtual del muerto Echevarría, causando un alboroto de likes, indignación y un secreto e incipiente temor con el hashtag #SCUMTEHARÁMIERDAMACHO.

Alicia vivió en el apartamento de Valeria. Por un tiempo fueron una pareja feliz, se acostaban juntas y comían espaguetis de todas las maneras posibles. Se conocieron en las afueras de La Bota, en una noche de Microteatro. Luego de la función, decidieron ir a tomar unos tragos en un local de la ciudadela Ferroviaria. La atracción fue mutua e instantánea, y llevadas por la urgencia del deseo, establecieron una relación con una pequeña clausula. Alicia prefería mantener en secreto su idilio, lejos de los prejuicios del mundo exterior. A pesar de eso, Valeria creyó encontrar en Alicia una compañera y cómplice de tantas lecturas y ensoñaciones. Creía que junto a Alicia podían formar parte exclusiva del aquelarre de las insurrectas, que podían ser aceptadas en la tribu de Safo, y en la Isla de Delfos, bajo peregrinas constelaciones, fundir sus cuerpos en un baile orgiástico junto a Vita Sackville-West y Virginia Wolf.

En uno de sus tantos paseos por la ciudad, se detuvieron en un local de libros usados, y ambas experimentaron lo mismo que siente un buzo cuando descubre en las profundidades marinas una criatura insólita. Habían encontrado una rara edición Olympia Press del SCUM Manifesto (Society for Cutting Up Men), con una foto de Valerie Solanas, usando boina en la portada del libro. No tardaron nada en devorarse el documento.

Después, llegó el tiempo de las ensoñaciones. Valeria coqueteaba con la idea de una sociedad exclusivamente de mujeres. Le contaba a Alicia, acostadas encima del colchón que habían tumbado en el suelo del apartamento, sobre un reino poblado de Amazonas y lesbianas, un nuevo mundo comandado por Valerie Solanas. Y luego, el peso de la realidad aplastaría sus idealizaciones como un insecto aplastado por un matamoscas contra la pared.

Alicia se inscribió en un taller de teatro, dirigido por Santiago Echevarría, y al principio nadie notó ningún cambio, ninguna pequeña



alteración en el curso de las cosas, y la vida siguió su acostumbrado trajín. Alicia se aplicaba en su taller, mientras Valeria preparaba un guion que tituló “Yo le disparé a Andy Warhol. Tenía demasiado control sobre mi vida”, como parte de una muestra teatral que ella quería presentar ese año en el festival de Loja. Valeria le hablaba sobre las posibles maneras de realizar algunas de sus propuestas performáticas a partir del Manifiesto de Solanas. Entonces Alicia le propuso que la acompañara a sus clases de teatro y le comentara su proyecto a Santiago Echevarría.

En el primer momento, Alicia notó que su intento de acercarse a Valeria y Santiago, resultaría un rotundo fracaso. Ambos eran incompatibles. Apenas le comentara Valeria su propuesta a Santiago, a pedido de Alicia, éste no tendría contemplaciones en hacer severos reparos a la obra en su totalidad. Simplemente, para Santiago Echevarría el guion de “Yo le disparé a Andy Warhol...”, no tenía pies ni cabeza en el escenario, y además aconsejaba a la amiga de Alicia, una revisión exhaustiva, sustituyendo la presunción de personajes tan abstractos por unos de carne y hueso, que se puedan parar en las tablas sin derrumbarse con la primera acción. Alicia intercedió por su amiga, tratando de dosificar las palabras de su profesor, sin darle tiempo a Valeria para decirle unas cuantas cosas a Echevarría, quien tenía —según pensaba Valeria— una fijación de mal gusto por el efectismo realista y una fama de Don Juan hincha pelotas.

Alicia intentó salvar la situación, diciendo que con un poco de trabajo todo era posible, y que ella y él estaban a su servicio. En ese momento, todo se arruinó. Era notorio que había algo entre Alicia y Echevarría, pero ¿qué era ese algo? ¿Acaso era solo un polvo pasajero para cambiar la rutina o algo más? De ser así ¿por qué tanto empeño de Alicia en acercarla a él?, pensaba Valeria mientras Echevarría le decía que podían visitarlo en su apartamento para trabajar en el guion.

El cambio de estación estuvo marcado por fuertes lluvias, que inundaban las avenidas y barrios de la urbe. Mientras Valeria caminaba sola en la Isla de Delfos. Alicia, poco a poco, puso en marcha, inconscientemente, una especie de mecanismo de distanciamiento.

Primero comenzó a llegar tarde al apartamento, donde solamente iba a dormir, para luego salir de nuevo. Los espaguetis se fueron apagando poco a poco, hasta convertirse en un anhelo frustrado. Su presencia se iba transfigurando en la silueta de un fantasma. Con algunas excepciones, Valeria conseguía que salieran a dar un paseo. Y entonces, Alicia accedía, pero no podía mantener el hilo de la conversación y mayormente prefería hablar poco. Valeria notaba que algo tenía distraída a Alicia, quien caminaba sin mirar nada o mejor dicho mirando hacia adentro de ella, perdida en profundas cavilaciones, o combatiendo contra fuerzas que tal vez no podía o no quería entender. Entonces, sucedió lo inevitable. Después de una nostálgica conversación y un beso, Alicia se marchó del apartamento.

Al principio, Valeria sentía la pesadez de la ausencia de Alicia, pero con el paso de los días, volvió a sus actividades, y a las sesiones del taller de Echevarría. Alicia se alegraba cuando Valeria asistía, y luego de la jornada de ensayos, invitaba a Valeria a comer en la carreta de papas fritas, ubicada a dos cuadras del taller. En una ocasión, Alicia también había invitado a Echevarría. Todo transcurrió con normalidad hasta que a Echevarría se le antojó cuestionarle a Valeria su insistencia en escribir sobre Valerie Solanas. Alicia intentó defender a Solanas, y apoyar lo expuesto por Valeria, para apagar el incendio. Sin embargo, su intervención sobre el texto de Solanas, terminó desatando una fuerte discusión entre Valeria y Echevarría acerca del manifiesto SCUM.

Echevarría acusaba a Valeria de caer en la maraña ultrafeminista de Solanas, a quien consideraba una extremista tan peligrosa como ridícula al mismo tiempo. Sobre todo, reprochaba el intento de asesinato perpetrado por Solanas contra Andy Warhol, y no terminaba de entender qué esperaba conseguir, evocando aquel vergonzoso acto, que feministas serias en su momento supieron separar de las acciones del movimiento por la reivindicación de las mujeres.

Valeria terminó exasperándose por la faceta de Gran Padrino que Echevarría mostraba en cada argumentación, y se dedicó a describir la

acción de Solanas, como un gesto que daba cuenta de la rabia que no todas las mujeres se han atrevido a descubrir en su interior. Valeria siguió hablando y mencionando otros ejemplos para argumentar que, cuando la rabia interior de las mujeres era expuesta en público, inmediatamente el aparato censor de la sociedad, con pelmazos como él incluidos, el gran padrino de la zona rosa del teatro local, asomaban sus narices para defender a Velázquez de todas las Mary Richardson de la historia.

Al final, dijo Valeria, estoy de acuerdo con Solanas, y creo que es importante una respuesta radical, creo que hay que adelantarnos, porque se está tramando un plan oscuro en alguna parte, tal vez aquí mismo, una nueva cacería de brujas, por así decirlo. El hombre planea un genocidio de mujeres y maricas, para dedicarse libremente a cogerse a sí mismo.

Las siguientes semanas estuvieron marcadas por dos sucesos que incidieron con gravedad en Valeria. Después de esas discusiones estériles, terminaron los tres en un bar de Las Peñas. Valeria emborrachándose con un amigo de Alicia del taller de Echevarría, mientras ella bailaba, dándose besos una que otra vez con el gran padrino del teatro local. Su relación era un acto consumado.

En fin, pensaba Valeria, nada es permanente. A su lado, Ramón o Ramona, como le decían sus amigos cercanos, le contaba bajo los efectos del trago a Valeria que el flamante novio de Alicia estaba casado y tenía dos hijos. ¿Y Alicia está al tanto?, preguntó Valeria. Seguramente, aunque quién sabe, tampoco creo que sea algo que le importe mucho.

Los días pasaron, Valeria había hecho algunas correcciones a su guion y consideraba participar en la convocatoria para el Festival de teatro. Entonces, una tarde, al terminar de enviar su trabajo al correo electrónico del concurso, decidió visitar a Alicia al taller de Echevarría. Cuando apareció en las instalaciones de Echevarría no esperaba ser testigo del siguiente episodio: La mujer de Echevarría entró en el local, interrumpiendo la sesión para poner en escena una escandalosa performance sobre la infidelidad.

Se acercó a Alicia y la insultó delante de todos sus compañeros. Al

no ver una respuesta de Alicia, Adela alzó su mano y la estrelló contra la mejilla derecha de ella, tan fuerte que el sonido se estiró como un eco desconcertante en el taller. Entonces, Valeria sintió esa rabia interior que no todas las mujeres se han atrevido a experimentar, y se abalanzó encima de la mujer de Echevarría, impidiendo que su mano vuelva a estrellarse contra la cara de abatimiento de Alicia. Una vez que Alicia estuvo fuera de tiro, las manos de la mujer de Echevarría se agitaron con desesperación contra Valeria. Sin embargo, Valeria logró sacarse de encima el intento de estrangulamiento de la Adela, para gritar que la única persona con la que tenía que desatar su rabia, era contra ese cabrón de ahí, señalando con firmeza a Echevarría.

Valeria estaba preocupada por Alicia, quien había bajado de peso abruptamente, a raíz del conflicto con la mujer de Echevarría. Alicia se sentía asqueada de sí misma, avergonzada de haber caído en el engaño de su profesor, y acosada por el recuerdo de la mano de Adela, estrellándose nuevamente contra su rostro. Golpes de realidad, pensaba Alicia. De pronto, se encontró sin taller de teatro, con pocos amigos, y su nombre reducido al cliché de la puta trepadora, como la mujer de Echevarría se encargó de difundir en los círculos de actores y directores de la ciudad.

Por otro lado, aunque Santiago Echevarría no estaba en su mejor momento, no podíamos decir que lo estuviera pasando mal. A pesar que Echevarría intentó persuadir a su esposa diciéndole que nunca más vería a esa muchacha, cansada de sus ultrajes y engaños, Adela había llamado a su abogado para empezar los trámites del divorcio. Sin embargo, en esos días, Santiago recibió la noticia de que un amigo de la municipalidad lo había seleccionado para officiar de juez en la convocatoria para el festival de teatro de Loja, y no dudó en mover sus influencias para que quedara seleccionado un alumno de su taller como ganador, con una propuesta teatral dirigida por el mismo Echevarría. Nadie dijo nada, los defensores de Velázquez estaban tranquilos. El gran Padrino del teatro local se salía con la suya, como era costumbre. La noticia afectó mucho a Valeria, a lo que se sumaría el anuncio de Alicia. Se iba a España, para vivir con su

madre en Barcelona y probar suerte en tierras catalanas. Deseaba cuanto antes huir del país, y empezar de nuevo.

Valeria empezó a reunirse con Ramona más a menudo. Ramona le fue tomando cariño y trató de evitar que su hundimiento fuera total. Valeria estaba sumida en una profunda depresión y había optado por la bebida para enfrentar su tragedia personal. Ramona cuidaba de ella, y después de cada borrachera, la traía a su apartamento para que pudiera pasar la noche. El día en que se presentó Echevarría con su grupo en el festival de Loja, Valeria no podía creer lo que veía por redes sociales. Echevarría había modificado gran parte del guion de Valeria para adaptarlo sin ningún escrúpulo en su presentación.

La escena de Valerie Solanas había sido secuestrada y adecuada a una cruel parodia que terminaba por hundir su figura en una patética locura. Aquella noche, Valeria fue al bar para encontrarse con Ramona. Se había bajado media botella de tequila, mientras le contaba todos los pormenores de su relación con Alicia, el guion que le había robado Echevarría, y la rabia que crecía en su interior. En ese instante, le confesó que ya era hora de tomar una decisión. Ramona sintió que la mirada de su amiga se tornaba oscura y desafiante.

—¿A qué te refieres?

—Apuñalar a los Velázquez de esta ciudad, como fiel heredera de Mary Richardson. Acabar de una vez por todas, con el control de los Andy Warhols del medio cultural.

Valeria abrió su bolso para mostrarle su interior a Ramona.

—Pero ¿qué tienes ahí, cariño?

—Lo único que necesito. Una pistola Hi-estándar, calibre 22.

—Entonces, ¿lo dices en serio?

—Nunca me he sentido tan segura de algo en mi vida.

—No lo puedo creer. ¿Y de dónde sacaste esa pistola?

Valeria metió su mano en el bolso y extrajo el manifiesto SCUM:

—Llevaré acabo mi obra maestra, como un homenaje a Valerie Solanas.

Horas después, al pie de la puerta del apartamento de Ramona, aparecía Valeria bajo la fría y lluviosa madrugada, diciendo: “Yo le disparé a Santiago Echevarría. Tenía demasiado control sobre mi vida”.

* * *

Después de la muerte del reconocido director y actor Santiago Echevarría, el fiscal menudo y panzón ha tenido lamentablemente que notificar nuevos asesinatos de personalidades del mundo cultural, de sexo masculino, encontrando el mismo modus operandi en todas las escenas del crimen. Las autoridades policiales no han logrado descifrar la relación del libro y el hashtag #SCUM.

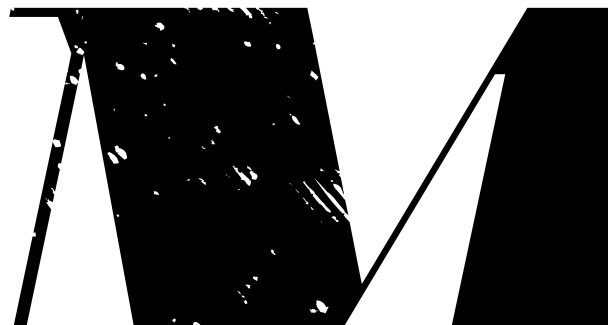
El principal sospechoso y su nombre verdadero continúa siendo un misterio. Una periodista ha accedido a entrevistar, en exclusiva, a algunos estudiantes del taller de Santiago Echeverría, para descifrar la serie de tweets que aparecieron tras su asesinato.

—Señor Ramón, ¿a quién pertenece el Hashtag #SCUMTEHARÁMIERDAMACHO?

—A Valerie Solanas—dice Ramona.

—¿Y eso qué significa, señor Ramón? ¿Sabe de alguien que haya tenido motivos para atentar contra la vida de Echeverría? ¿Se trata de algún grupo radical o solo es una tomadura de pelo? ¿Cómo se relaciona #SCUMTEHARÁMIERDAMACHO, con los recientes asesinatos de destacados artistas que azotan nuestra ciudad? ¿Qué tiene que decir al respecto?

—No lo sé, la verdad, solo puedo decir que “Yo le disparé a Ramón. Tenía demasiado control sobre mi vida”.





Cilios y Papilas

MARCEL MORILLO

La mañana del trece de marzo de 2020, Celso Higinio Bedoya, mi compañero de cuarto, fue diagnosticado con un virus que le privaría, en poco tiempo, de los sentidos del olfato y del gusto.

Celso Higinio tenía veintidós años, era un joven arrogante, de pocos amigos y solitario. Se dedicaba a estudiar literatura en la universidad y a trabajar, a medio tiempo, como mesero en el restaurante elegante de su tío Humberto.

La noticia le devastó tanto el alma que, hasta creo, se volvió más sensible y empático conmigo, pues no habíamos hablado mucho durante los tres años que compartimos los gastos del apartamento.

Al día siguiente del diagnóstico, comencé a notar un cambio en su personalidad. Estaba más callado que de costumbre. Generalmente, hacía comentarios de lo bien que escribía, aunque nunca me dejaba leer sus textos.

La luz de su cuarto permaneció encendida en todo momento. Se encerró allí sin emitir ruido alguno. Cuando le pregunté si todo estaba bien, me contestó con resentimiento que, en ese instante de su vida, solo quería escribir en soledad sobre su nariz y su lengua, pues sería anósmico y agéusico dentro de muy poco.

Una noche, cuando me disponía a ver una película de comedia, escuché un fuerte golpe en la pared del cuarto de mi compañero, seguido de un quejido de dolor y un pequeño llanto. No me atreví a preguntar qué pasaba. Intuí que aquella reacción era consecuencia de la desgracia que le había ocurrido. Desde ese momento, supe que la inevitable y peculiar tragedia de Celso Higinio Bedoya había comenzado.

Durante las semanas que pasó encerrado Celso Higinio escribiendo, escuché gritos, sollozos y risas a través de esas paredes contiguas a mi habitación. Hubo noches en las que debí dormir en casa de mi enamorada porque no soportaba esa extraña sensación de estar viviendo al lado de un loco.

Los días en los que su locura se apaciguaba, Celso Higinio me llamaba a la salita del apartamento, me ofrecía una cerveza fría y me decía que quería que yo fuese el testigo confiable con el que pudiese desahogarse.

—Me gustaría compartirte mis recuerdos del gusto y del olfato antes de que desaparezcan. Estoy escribiéndolos en mi computadora, pero prefiero la sensación de contárselos con mi voz a alguien cercano, y en estos momentos eres la única persona que tengo cerca —confesaba Celso Higinio con tono melancólico y con los ojos rojos a punto de llorar.

Creo que en ese entonces no podía comprender por completo los sentimientos de mi compañero. Solo podía escucharle y tratar de

empatizar con sus relatos.

Recuerdo que una vez me confesó que nunca le gustó la comida de su madre Glenda porque le ponía mucho condimento a todo. Decía que la comida de su abuela Francisca, Mami Paquita, como él la llamaba, era mejor. Celso Higinio era, al igual que yo, un estudiante foráneo. Me contó que cuando era pequeño, él y su familia vivían en un pueblito de pescadores dentro de una pequeña casa frente al mar, y que su Mami Paquita lo alimentaba con los mariscos frescos que su abuelo Crescencio llevaba a casa todas las mañanas.

Celso Higinio Bedoya era amante de los camarones apanados y de los ceviches de pescado, calamar y pulpo. Me contaba también que el olor a mariscos recién asados era uno de sus favoritos, y que, durante los diecisiete años que vivió en la playa había probado todos los platos típicos de la Costa del Ecuador; que los prefería mil veces a los de la Sierra y dos mil veces a los del Oriente ecuatoriano.

Él era, según sus palabras, un degustador consumado y que, gracias a su sensible paladar, el restaurante de su tío Humberto tuvo éxito, pues no solo le ayudaba como mesero, sino que el chef le pedía consejos para conseguir la sazón deseada en sus platos. Celso lamentaba el hecho de no haber podido viajar lo suficiente y degustar, a diestro y siniestro, las delicias culinarias del mundo.

En algunas ocasiones llegó a mencionarme que sufría con frecuencia ataques de ansiedad mientras escribía sus recuerdos en su habitación. Celso Higinio temía el momento en el que sus sentidos comenzaran a dejar de funcionar.

—Es como vivir permanentemente angustiado —decía—. Todavía puedo oler y degustar, pero saber que algún día dejaré de hacerlo me perturba, me llena de impotencia y eso es lo que me atormenta. No sé cuándo sucederá. No sé el día ni la hora, solo sé que pasará y no estoy seguro de poder lidiar con eso.

En cierta ocasión, Celso me contó que tuvo una novia llamada Jazmín y que ella olía como la flor que llevaba su nombre. Me dijo que Jazmín se había ido a Chile hacía ya dos años y que habían perdido el contacto desde entonces, pero recordaba su fragancia constantemente y le gustaría verla y olerla por última vez.

Habían pasado cuatro días desde aquella conversación. Celso y yo habíamos mantenido distancia durante ese tiempo. Mencionó que necesitaba estar solo y que me llamaría cuando llegase a la mitad de su libro. Esa tarde recibí un mensaje de su parte.

He perdido el olfato. Reunámonos en el restaurante de mi tío esta noche. He llegado a la mitad de mi camino como escritor y hay que celebrarlo. Me gustaría mostrarte los avances de mi libro y quiero seas el primero en leerlo.

Era la noche del catorce de agosto y aquel anósmico escritor había pedido pequeñas porciones de todo lo que estaba en el menú. Argumentaba que quizá esa sería su última cena y que, mientras sus papilas funcionasen, no dejaría pasar la oportunidad de degustar los mejores platos del restaurante.

Mi compañero de mesa sacó una carpeta con papeles de su mochila y me la dio.

—Aquí está una copia del primer capítulo de mi libro. Échale un vistazo y dime qué te parecen —dijo mientras se disponía a cortar un jugoso filete de lomo.

En mi lectura pude notar que Celso Higinio Bedoya era uno de esos autores que plasmaban el alma en sus obras.

En su primer párrafo:

Confusa es la percepción de mi mente al recordar los gustos del

pasado. En mi voluntaria soledad he vuelto a visitar mis virtudes y me aflige revelar que dos de ellas desaparecerán pronto. Los sabores y olores de mi vida han decidido abandonarme paulatinamente mientras escribo para usted. Considero un tanto desesperada mi repentina decisión de relatarle mis experiencias sensoriales, pero es lo único que me mantiene motivado en estos momentos de negación frente a mi inevitable desgracia...

Mi empatía surgió con naturalidad cuando leí los párrafos posteriores. Podría decirse que desde entonces fui testigo de su evidente talento como escritor y supe que su actual condición anímica había provocado en él una amarga experiencia creativa.

Fue el dieciséis de agosto el día en que Celso Higinio Bedoya perdió el sentido del gusto y también fue el día en el que —por varias horas— le oí llorar como un niño sin consuelo.

Dos semanas después, Celso Higinio terminó su obra. Logró publicar sus relatos en la universidad donde estudiaba, y en poco tiempo sus palabras trascendieron los estantes de las librerías del país. Para noviembre de ese mismo año, Celso Higinio Bedoya se había convertido en uno de los escritores contemporáneos más destacados de América Latina. Su obra titulada Cilios y Papilas le llevó a ser aclamado incluso por escritores más experimentados —de esos que son intelectuales por naturaleza— que él.

Celso se mudó del apartamento en año nuevo. Me dio las gracias por haberlo apoyado en los momentos difíciles mientras lidiaba con su enfermedad y se despidió de mí con un abrazo.

—Has sido un buen amigo y quiero que sepas que no podría haber logrado esto sin tu ayuda. Considera este pequeño obsequio como parte de nuestra repentina y agradable amistad —dijo después del abrazo, mientras colocaba un sobre en mis manos.

Esa noche de enero abrí la carta que Celso Higinio me había dado

antes de irse. Hallé en su interior un cheque con una suma de dinero impresionante, además de un texto:

Cuando chico, solía apreciar amistad sinceras. Lamentablemente, no había tenido una hasta ahora. Gracias por todo, amigo.

No supe nada de él los tres meses posteriores a nuestra despedida hasta que, una mañana de lunes, su nombre se escuchó en las noticias internacionales.

Celso Higinio Bedoya había intentado suicidarse la madrugada del veintidós de febrero de 2021. Según las investigaciones, el joven escritor optó por cortarse las venas, pero habría fallado en los cortes. Una empleada del condominio logró advertir la escena al 911 y el victimario-víctima fue salvado por milagro.

Me pregunto si lo que hizo fue por melancolía. Yo creo que sí. Por momentos, hasta comprendo su decisión suicida. Es inevitable imaginar su dolor sin llegar a sentir angustia o pena por él.





CUERNOS

SOLANGE GÓMEZ

Han pasado días desde que realmente dormí. La sensación de que algo espantoso va a ocurrir me ha vuelto paranoica. Como si algo se ocultase bajo la ropa desperdigada en el suelo, acechando, aguardando por el momento perfecto para colarse en mis entrañas. Sin embargo, he de atribuírselo a las largas noches en vela, gastadas frente al ordenador. Desde que empezó la cuarentena, los días han pasado en un pestañeo, como granos de arena; así que dejé de contarlos. En su lugar, volqué mi concentración hacia los trabajos pendientes.

Agotada, decidí que ya había tenido suficiente autocompasión. Pero, tan pronto me puse en pie, un malestar me atravesó. Involuntariamente, me vi encorvada. La espalda me tronaba como si fuese una vieja puerta de acero, con bisagras oxidadas. Mientras, mi estómago se retorció, intentando escapar. Solo cuando la sensación dejó de ser tan angustiosa, conseguí llegar al baño, en medio de la penumbra de mi habitación.

La blanca luz hirió mis ojos. Tuve que sostenerme la nariz, antes de finalmente enfrentarme a mi reflejo.

¡No!

Abrí la boca, asombrada. Sin embargo, de mis labios no brotó nada.

Allí, en el espejo, me devolvió la mirada un espectro. En lo alto de la cabeza, me habían surgido un par de cuernos y unas brillantes escamas translúcidas y sucias, como el agua estancada después de la lluvia. Mis ojos, antes oscuros, se habían tornado del color de la yema del huevo; finas cicatrices descendiendo desde éstos hacia mis mejillas, como si hubiese llorado ácido. Y mis pómulos amenazaban con atravesarme la piel.

La visión fue tan asquerosa como aterradora, que, en un intento por apartarme, resbalé y caí dentro de la bañera.

Lucía repugnante.

Una oscura sustancia infecta y seca la recubría. Mareada, hice acopio de fuerzas para aferrarme a los bordes, y salir. Sin embargo, cuando vi mis manos, vomité. Vomité bilis sobre mí misma y, cuando pensé que había terminado, volví a vomitar. Introduje mi alargada y negruzca mano, para sacar lo que se me había atorado. Un hueso. Pequeño y delgado, como el dedo de un infante. Arrojándolo lejos, finalmente salí de la tina, temblando de miedo y asco.

¿Qué demonios había sido eso?

¿Me había vuelto loca?

¡Me había vuelto loca!

El Covid no había podido conmigo, pero la cuarentena finalmente me había arrebatado la cordura.

Pasé un buen rato allí, tirada en este mugriento piso, llorando hasta que el pecho y la garganta me ardieron. Arremetí los cuernos contra las paredes y tallé las escamas con una piedra pómez hasta sangrar. Nada resultó. Solo conseguí hacerme daño y desquiciarme más. Me abracé con esas grotescas manos que parecían estar manchadas por la perversión.

Afuera, el teléfono sonó una, dos, tres veces.

Silencio.

Luego, vagos pasos.

Y un suave golpeteo en la puerta.

—¿Renata? —dijo mi madre—. Eran tus tías. Vendrán por el cumple de la abuela. ¿Me oíste? —volvió a golpear la puerta con más insistencia—. No puedes seguir recluida ahí.

—Hay más vida que estar ahí, frente al computador como un zombi. ¿Me oyes, Renata? Será mejor que te vistas, salgas y seas un ser humano normal.

Tan testaruda como yo era, más lo enojada que ella sonaba, no me atreví a decirle que hoy, menos que nunca, yo era una persona.

Revolví mi armario, en busca de algo que disimulara mi apariencia. Opté por unos holgados pantalones y un suéter con cuello de tortuga y mangas larguísimas para ocultar mis dedos. Me dirigí al espejo para tapar las escamas, cuando el dolor explotó en mi vientre. Como si hurgaran por debajo la piel.

Levanté el suéter.

Una sola palabra:

Asesina.

Grité y lloré como si me estuvieran matando, pero mamá, tras la puerta, no pareció sorprendida.

—¿Todo bien ahí adentro, Renata?

—S-sí. Todo bien, mamá. S-solo fue un insecto.

—Entonces, sal de allí. Tus tías están por llegar.

Se marchó enseguida y, poco después, yo también me dispuse a salir. El maquillaje no ayudó en absoluto, así que escogí un antifaz negro de mi buró, probablemente restante de alguna fiesta. Afortunadamente, cubrió algo mis pómulos abultados, y hacía juego con los cuernos.

Qué mierda, ya todos sabían que era rara.

El timbre sonó y abrí la puerta, con una falsa sonrisa y el corazón desbocado. Sin embargo, los rostros de mis tías destilaron mi sonrisa.

Se sentaron muy juntas en el sofá de la sala, con expresiones compungidas, paseando sus miradas por la casa: paredes desconchadas y manchas de humedad por doquier. No lograba recordar la última vez que estuvo limpia.

—¿Y bien, cielo? ¿Cómo te has sentido últimamente? —dijo la tía Chela, con voz cálida. Parecía sincera.

—Bien, tía. Muy bien... Todo ha estado de maravilla.

Mi sonrisa incómoda enrareció el ambiente. Y la tía Martha, esquelética y de carácter estricto, nunca se quedaba callada. Así que, cuando se quedó mirando, supe que mi respuesta había sido errada.

—¿Perfectamente? —sus labios lucían como un corte en la piel—. ¿Qué es eso que cargas puesto? ¿Y dónde está tu madre?

—D-d-debió haber ido a buscar a la abuela —la lengua se me enredó y tartamudeé.

—¿A la abuela? —el tono de tía Chela vaciló—. Cariño, ¿te sientes bien?

—¿Dónde está tu madre? Llevo semanas intentando hablar con ella, pero nadie contesta el teléfono —enojada, tía Martha se levantó para ir hacia la cocina.

—¿Qué es ese horrible olor? —dijo, llevándose un par de escuálidos dedos a la nariz—. Bromelia, ¿estás aquí?

—Pero, si ustedes hablaron con ella antes de venir —me apresuré a decir.

—No. Hablamos contigo. Nos pediste que viniéramos.

—Es el cumpleaños de la abuela. Mamá dijo que ustedes vendrían a visitarla...

Mi cabeza se puso pesada; se balancea como la de un muñeco de trapo.

—Renata, cielo, la abuela murió el mes pasado, a causa del Covid.
¿Lo recuerdas? No hemos hablado con ustedes desde entonces.

Tía Chela también se internó en la cocina, en busca del hedor.

—¿Acaso hay comida podrida?

Ni bien levantó la tapa de una de las ollas, soltó un alarido.

Adentro yacían los restos de un cachorro.

Recordé el pequeño hueso de antes, y volví a vomitar.

Esta vez, un ojo rodó hasta el piso.

—¿Qué demonios has hecho, Renata? —tía Martha me miró como si asustada—. ¿Dónde está tu madre? ¡Responde!

Me sentí en medio de una bruma de confusión, como si estuviera sumergida en un estanque de agua y no pudiera respirar.

El mundo pareció inclinarse, arrojando vísceras y tripas.

Traté de mitigar los temblores. Los cuernos pesaban una tonelada.

Entonces, noté que mis dedos en realidad estaban manchados de sangre seca.

Tía Martha, con el rostro tribulado y la piel cenicienta, se alejó por el pasillo. Cubrió su boca con manos temblorosas, al ver sangre por debajo de la puerta de mi cuarto. Lo siguió hasta al baño.

Allí, en la tina, descansaba el cuerpo de mi madre.

—Eres un monstruo... —murmuró.

Tenía razón.

Era un monstruo.

Y el reflejo no había hecho más que anticiparse a la verdad.

Me retiré el antifaz.

Solo después de palpar mi rostro, fui capaz de distinguir rasguños y costras en donde habían estado las escamas.

Mamá.

Había peleado por su vida.

Mis manos habían apretado su cuello, sin piedad.

Después de su último aliento y de que sus uñas abandonaron mi rostro, me había costado soltarla.

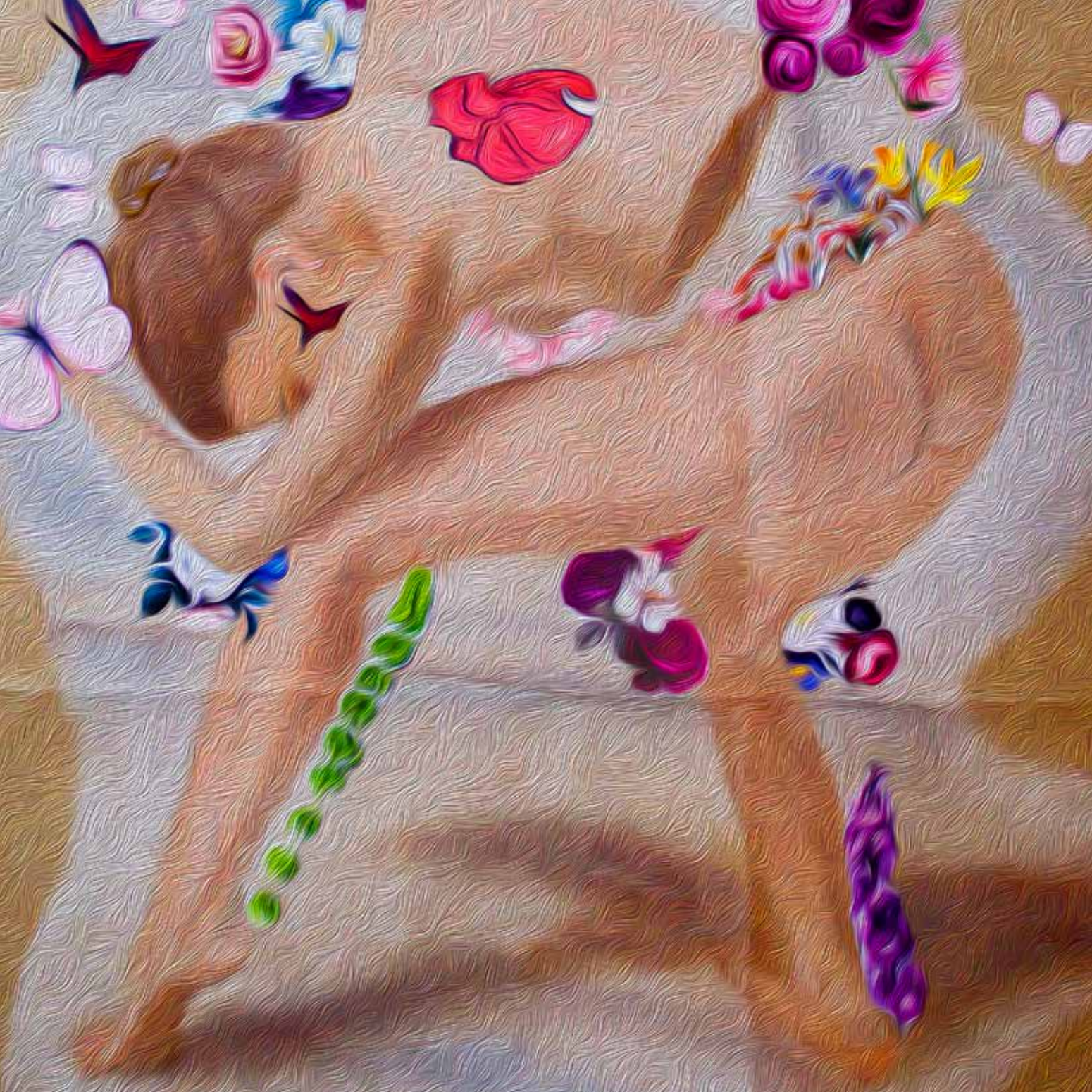
Me había sentado ahí, junto a su cadáver.

Profundamente arrepentida y desquiciada. Enloquecida por el dolor, por el encierro, por las obligaciones.

Los recuerdos me invadieron de empellón. Solo reaccioné cuando mi mejilla se estampó contra el piso.

Hoy, no sé cuánto tiempo después de la visita de las tías, una voz me condena a un Hospital mental. Víctima de la “fiebre de cabaña”, he matado a mi madre y comido a mi perro.

Los cuernos, las cicatrices y los ojos amarillos no han desaparecido. Pero nadie los ha notado.



Manifiesto del disfrute de la muerte

KAREN MÁRQUEZ



La muerte no nos ha tomado por sorpresa; solo hemos visto, como nunca, su trabajo más intenso. No se ha escondido tras la casualidad o al final de una dolencia, ha salido a pasear entre la rutina y la fragilidad del ser. Ha reclutado malas costumbres abrazos, descuidos, y los ha vueltos sus aliados. Ha develado desde su puesto de ‘encargada del equilibrio mundial’ las noticias guardadas en el cajón de los miedos.

No ha tenido piedad, como en realidad nunca la ha tenido; pero ahora es para ella más divertida la tarea porque la persiguen los medios, que la replican y la vocean y nosotros desde el primer palco aplaudimos. Y lo hacemos tantas veces que empezamos a disfrutarlo sin darnos cuenta. Es complicado pensar que podemos acoplarnos porque no nos queda de otra. Sin embargo, la propuesta de la verdadera vida, bien concienzuda, es el disfrute de la muerte.

Entonces, la concepción positiva y de contento por aquella malvada ley, ente, espíritu, se suma a nuestra cotidianidad y ya no nos duelen tanto los muertos; y el temor de ver partir a alguien desde casa, pasa a quinto plano: ya tenemos la valentía de saber incluso, hacer una mortaja. Nos regocijamos al hablar de las cifras a pesar de que en ellas existan familiares nuestros; nos

gozamos en contar la supervivencia como un toreo a ‘la propia verduga’. Nos contentamos en conocer como luce un cuerpo en sus horas finales e incluso, nos satisfacemos en comentar lo rápido que superamos su pérdida. Pero, para quien aún no ha logrado bañarse en el mar de la ‘aparente fortaleza’ propongo letanías de sarcasmo ante el desasosiego.

Yo no lloro ante lo natural porque lo natural me ha construido y la muerte es natural, algo ineluctable de lo que día a día he aprendido; porque he muerto y he renacido, aunque siempre lo olvido.

Yo no tiemblo ante lo inevitable porque conmigo ha convivido, ha respirado detrás de mi cuello, y muchas otras veces me ha advertido... Porque me he levantado y caído, aunque siempre lo olvido.

Yo no me quiebro ante lo irremediable porque siempre he encontrado un consuelo. Si ahora ella se ha llevado a los otros, ¡ha pasado lo mismo que antes, pero sin duelo! ¿Por qué deberían dolerme los rituales si debo aprovechar al vivo y no al muerto?

Entonces, a tatuarnos estas frases en nuestra sensibilidad hasta que descubramos que el dolor empieza en el pensamiento, que comienza en el lenguaje, en la consciencia del impacto de cada palabra. Disfrutemos de la muerte como el comienzo de la nueva vida, como un baño de cambio a nuestras perspectivas.





THE HAUNT ING

RAYMOND HOOPER

For obvious reasons, concerning the Corona virus together with my fragile cancer condition, these days I don't leave my apartment except for doctor appointments and necessary trips to the pharmacy. March the twenty-third I had an appointment to see my gastroenterologist. It was well past time to have my stomach peg changed then the balloon that kept it in place had collapsed. Not unlike most careful New Yorkers in the pandemic epicenter, I have been self-quarantined. I have recently moved back to Brooklyn. All of my doctors are on Manhattan's Upper East Side. On that Monday I was traveling to Park Avenue and Eighty-first Street. I didn't really know what else to expect

other than assuming the trains would be comparatively empty, I'd not really thought about it. The day was overcast, and it rained intermittently.

My descent into Brooklyn's Clark Street station felt normal until I landed on the platform. There I saw more than the usual number of homeless men occupying the platform and its benches. I can't say that I thought much about it until the train arrived and I sat down. A man wearing an MTA identification badge, latex gloves and a face mask sat on the opposite side of the car from me a few seats over. Only three other men were in the car. They, like the men on the platform, were among New York's homeless. One, with Rasputin like hair and beard, had been leaning against a door. Once the train started moving he turned and slowly approached me. One hand held up his black dirt encrusted pants. He swayed from side to side to the rattle of the moving train. His other hand he extended in want of spare change. He did not speak. Having lost my own ability to speak to esophageal cancer, I shook my head "No." He returned to his previous position leaning against a car door. We soon arrived at Wall Street station. Fulton Street was next.

At Fulton the transit worker got off and boarding was another homeless man. Pleading his case in a high-pitched barely decipherable monotone, he shook a grimy paper cup in my face. Again I dropped my head and shook it to say no. He was persistent and continued to aggressively rattle his cup in my face. I have lived in this city since the mid nineteen sixties and I am not one to be intimidated. Lifting my head and with steely eye contact I stared at him until we pulled into the next station. There he walked off the train mumbling, in a volume just barely audible enough grumble, grumble ". . . black motherfucker." His tone now was much more controlled and normal sounding.

It's not that I have a cold heart. I am generally sympathetic. The

MTA has signs and posters positioned on most trains and subway stations throughout the city instructing passengers not to give people money but rather to donate to various charities and non-profits that exist wholly to aid the homeless and the needy. In my experience, no one has been as intimidating as the crack heads that rode the rails in the nineteen eighties but they too could be told no.

Once, many years ago, I saw a young man, probably in his twenties, sitting on a Fourteenth Street subway platform, he contorted like a human pretzel repeatedly begging, "Please, have some sympathy. Please, have some sympathy." Later that evening I was meeting a friend in a Greenwich Village pizza parlor. Sitting at the very next table was that same contortionist looking as normal as any other healthy person as he added up his loose change! I leaned over imitating his speech from earlier in the day saying, "Please, have some sympathy." I then told him that I'd caught his act that afternoon in the Union Square station! He next proceeded to tell me what I could do with myself! I wryly answered, "But you're the contortionist. I couldn't possibly do that!" My pizza companion, had lived his entire life in New York, and told me that over the years he'd seen and heard of numerous scams saying, "The motha'd have to be a goddamned torso on a goddamned skateboard before I'd even think about givin'im any uh my money!"

I digress. The local train came. One stop later I got off at Seventy-ninth where I was changing to the M79 crosstown bus to Park Avenue and my doctor's appointment. Crossing Broadway in the now pouring rain I saw my bus one stop away and raced to the ticket distributing machine. I fumbled as I hurried to pull my wallet out of my bag. I inserted my Metrocard in the machine securing my ticket just as the bus pulled up. For the past several years I've been dependent on a cane. Closest to the front door I quickly limped forward to board. A yellow chain blocked the entrance. The masked driver

pointed to the rear of the bus directing me to board in the back. Once on the bus there was yet another yellow chain cutting off the front most section of the bus to protect the driver from close contact with passengers. I rode alone all the way to Park Avenue. From my seat, through the window and the rain the empty, wet streets called to mind scenes from any number of film noirs.

There was no danger in my crossing Seventy-ninth in the middle of the block. There were no cars in either direction. When I reached my doctor's building a doorman stood under the building's awning wearing a mask and latex gloves. He was giving a food deliverer, still astride his bicycle and also in gloves and a mask, his tip. Only a few empty cabs rolled leisurely down the avenue.

To the right of the awning are the steps leading down to my doctor's office. His receptionist saw me making my descent and buzzed me in. The reception room was empty as was the coat closet. Now at the counter, the masked receptionist asked, "Mr. Hooper?" I nodded. "Please have a seat. The doctor will be with you shortly." As a result of my quick and easy connections, I was more than a half hour early. With that, still I waited well over an hour. I spent most of that time on my iPad making the notes that would become this vignette. During my wait another patient already dressed for the street but without a mask, exited cheerfully telling the receptionist, "Now you be careful out there!"

Moments after a doctor came out in a trench coat and told the receptionist that his endoscopies for the day had all been canceled and that he was going home. A half hour later a nurse appeared from behind a door leading to the examination rooms saying, "Mr. Hopper?" The receptionist corrected her, twice saying, "Hooper. . . . HOOPER!" I was taken to a room where the nurse weighed me and took my blood pressure.

Another ten minutes or more would pass before my doctor came in. The actual appointment and procedure were over in about fifteen minutes.

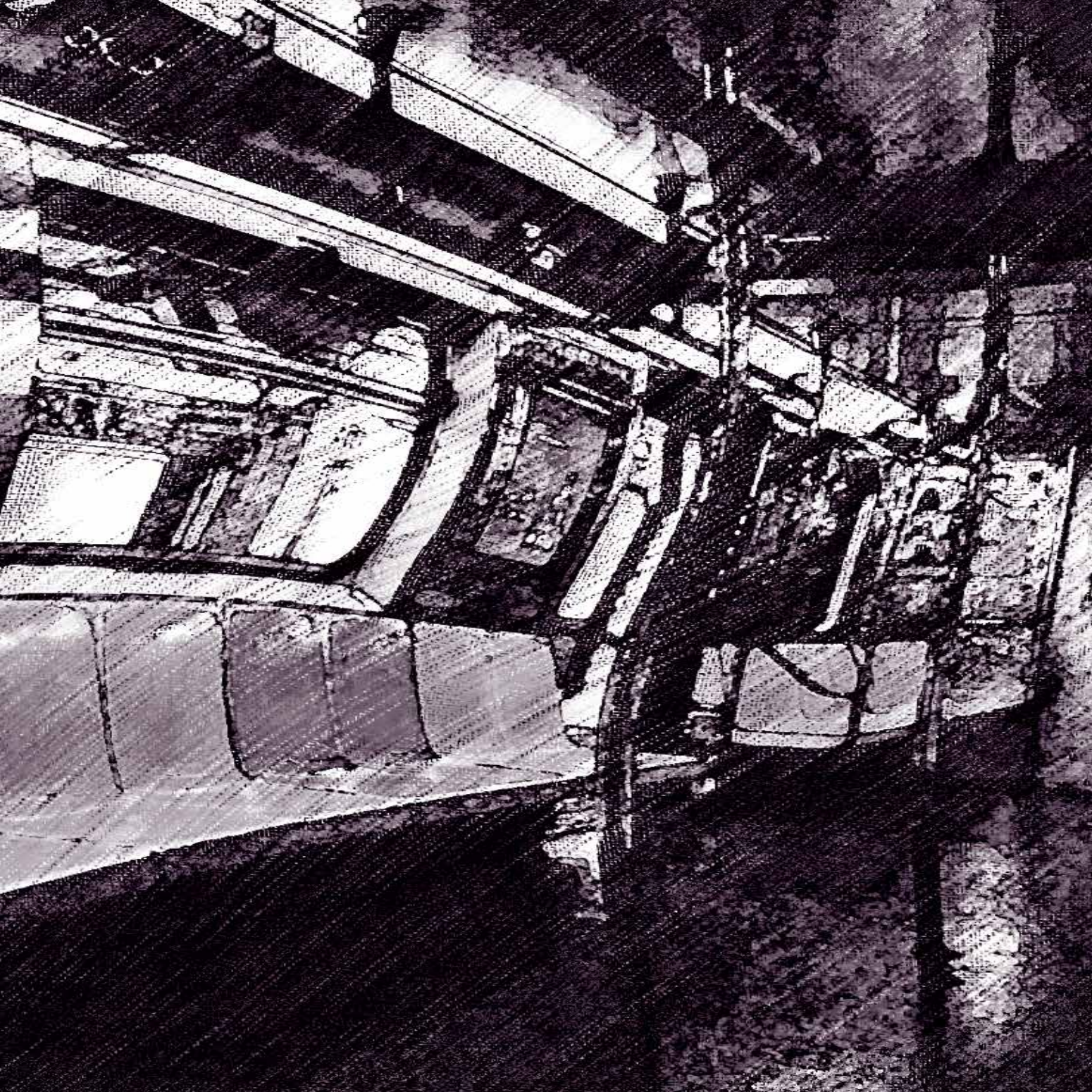
Soon after, I was back out in the rain. Just as I stepped up and on to the sidewalk I saw the west bound M79 bus a block away. The traffic light was changing and I knew no matter how fast I hobbled there was no chance of catching this one and so resigned myself to spending time in the rain. I took my time walking to Seventy-ninth Street only to turn the corner, look over my shoulder and see another bus coming up behind me. I stepped into the street waving my cane. As the bus pulled over I hurried to get a ticket and boarded. Already on the bus was an obese homeless woman, with gray and white traces of facial hair and a mustache. We were both soaking wet. She had a granny cart and two plastic shopping bags, each occupying its own seat. The driver yelled from behind her chain, "I told you to take those bags off of the seats. Seats are for passengers!" There were no other passengers and unlikely there'd be any more. My stop was the next to last and the majority of the trip would be through Central Park. The bag lady looked at me smiling broadly as she yelled back at the driver, "Whatta ya gonna do bitch, throw me off?"

115

We arrived at Broadway and I climbed down into the Seventy-ninth Street station to catch the local to Seventy-second and my express train home. Again, the train came quickly. At Seventy-second I waited longer than I had all day before an express train came giving me the opportunity to notice that this platform also had more than its share of apparently homeless individuals. My train came. The only other passengers in my car to Brooklyn was a homeless couple in what must have once been brightly colored rags of mismatched patterns. After I had sat down and the train started moving, the woman, with a

flattened nose like I've only ever seen on boxers, asked in an accent I couldn't identify, if the train went to Brooklyn. The PA system had just announced that this was a Flatbush Avenue train and that the last stop would be Brooklyn College but I nodded in the affirmative anyway. She gave me a nearly toothless warm smile and asked if I could spare some change. I shook my head no. Saying, "God bless." she turned and rejoined her companion.

We can choose to see or not see these people. They are on the subways every day. It's a decision each of us makes consciously or maybe unconsciously, but on this day, without the usual complement of passengers their presence was more acute. They were omnipresent. Perhaps it was the rain that brought so many of them in but on this Monday I felt as if I'd crossed over into what is a parallel world, an ever present Twilight Zone. I can still see that dirt smeared Rasputin looking character holding up his pants as he slowly swayed from side to side, to the rhythm of the moving train. It was so very haunting, as if he were moving to a funeral dirge that only the homeless could hear.



Leira Araujo

(Guayaquil, 1990) Poeta, guionista, actriz y profesora de literatura. En 2003 ganó el Premio de Teatro de la ONU. En 2013 fue seleccionada para representar al Ecuador en el SUSI Program para estudiantes líderes, organizado por la Embajada de Estados Unidos. Sus textos aparecen en antologías locales e internacionales y escribe en medios independientes.

Maritza Cino

(Guayaquil, 1957) Licenciada en Lengua Española y Literatura. Catedrática de varias universidades guayaquileñas. *Nicho de avis-pas* fue Publicado en las revistas digitales *Parlante*, Guayaquil/junio/2020 y *Espacio, me has vencido*, de próxima edición.

Omar Balladares Rodríguez

(Guayaquil, 1979). Magister en Literatura Española e Hispanoamericana. Obtuvo la primera mención de honor en el Concurso Nacional de Literatura (2002) con su libro *Mas-turversos* y al integrar el grupo de ganadores del Concurso de Poesía El Retorno y formar parte del poemario *Trayecto Cero* (2009).

Carl Sandburg

(EEUU, 1878 - 1967) Poeta, biógrafo,

periodista y editor. Ganó tres premios Pulitzer: dos por su poesía y uno por su biografía de Abraham Lincoln. Considerado como “una figura importante en la literatura contemporánea”, especialmente por los volúmenes de su colección de versos, entre los que se encuentran *Chicago Poems* (1916), *Cornhuskers* (1918) y *Smoke and Steel* (1920).

José Vicente Noboa

(Guayaquil, 1976) Desde los 25 años, luego de intentar varias carreras y tentarse a ser poeta, incursionó en medios de comunicación, donde ha sido corrector, redactor, editor y *content manager*, especialmente *blogs*, como parte de una agencia digital. Actualmente trabaja en @wmg_ec, en análisis de Data y Métricas. Terminó una maestría en Innovación en la OBS y además tiene siete gatos.

Fernando Naranjo

(Guayaquil, 1954) Arquitecto, ilustrador, pintor y escritor. Autor de novelas como *Guasmo Sur* (2012), *La Era del asombro* (1994), *Cuídate de las Coriolis de Agosto* (2005). Coordinador, por dos ocasiones, de la Feria Internacional del Libro de Guayaquil. Director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

Cristian Alvarado

(Guayaquil, 1995). Estudios en la escue-

la de literatura de la Universidad de las Artes. Mención de honor en el primer concurso *Libre Libro* (género cuento). Beneficiario de la beca Comuna de la Universidad de las Artes en la categoría de investigación. Publicó en la revista *Deleuziana* un texto sobre el pensamiento de Deleuze y Bolívar Echeverría en América Latina. Prepara su primer libro de cuentos.

Raúl Serrano

(Santa Rosa, 1962) Escritor, periodista y ensayista. Ganó el premio Nacional Joaquín Gallegos Lara en 1997, y ejerce la docencia en la Universidad Simón Bolívar. Entre sus novelas biográficas: *En la ciudad se ha perdido un novelista: La narrativa de Vanguardia de Humberto Salvador y Rondando a Jota Jota*, inspirada en la vida de Julio Jaramillo.

Michel Houellebecq

(Francia, 1956) Conocido por sus novelas, poemas y ensayos, es también actor, cineasta y cantante ocasional. Su primer libro fue un ensayo biográfico sobre el escritor de terror H. P. Lovecraft. Houellebecq publicó su primera novela, *Whatever*, en 1994. Su siguiente novela, *Atomised*, publicada en 1998, le trajo fama internacional.

Siri Hustvedt

(Estados Unidos, 1955) Autora de los libros *The Blindfold* (1992), *The Enchantment*

of Lily Dahl (1996), *What I Loved* (2003), por el que es más conocida, *A Plea for Eros* (2006), *The Sorrows of an American* (2008), *The Shaking Woman or A History of My Nerves* (2010), *The Summer Without Men* (2011), *Living, Thinking, Looking* (2012), *The Blazing World* (2014), y *Memories of the Future* (2019).

Albert Camus

(Francia, 1913 - 1960) Filósofo franco-argelino, autor y periodista. Ganó el Premio Nobel de Literatura a la edad de 44 años en 1957, el segundo más joven de la historia. Fue parte de muchas organizaciones que buscaban la integración europea. Sus opiniones contribuyeron al auge de la filosofía conocida como el absurdo. También se le considera un existencialista, aunque rechazó firmemente el término durante toda su vida.

Tatiana Landín

Su texto fue premiado en el *Concurso para textos literarios y ensayísticos relativos al Covid-19* que lanzó la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas en plena pandemia, y que apareció también en el libro *Ataúd en llamas* (Guayaquil, coedición Universidad de las Artes y Mecánica Giratoria, 2020).

Dalton Osorio

(Jipijapa, 1958). Autor de los poema-

rios *Visión de la ciudad* (1994), *Palíndromo* (1997), *Amantazgos* (2000) y *Duración del esfumato* (2017). Ganador del Premio Único Muy Ilustre Municipalidad de Guayaquil 2003 con *No hay peor calamidad, desfachatez, infatuamiento que un poeta enamorado*. Ganador del Premio La Linares 2020 con la novela *Crónica para jaibas y cangrejos*.

Solange Rodríguez

(Guayaquil, 1976). Gestora cultural, cronista y docente universitaria. Ha publicado cuatro libros de cuentos de tono fantástico y extraño: *Tinta sangre* (2000); *El lugar de las apariciones* (2007) y *Balas perdidas* (2010). También, tiene estudios en literatura posmoderna y micro relato, siendo antologadora del tomo de minificción *Ciudad Mínima* (2011).

Fabián Patinho

Autor visual y escritor de teatro. Creó la tira cómica *Ana y Milena*. Ha publicado el poemario **Calla ahora o habla para siempre** (1998) la novela *Hipocampos en la ciénaga* (2010) y la novela gráfica *El ejército de los tiburones martillo* (2018). Algunas de sus obras de teatro estrenadas: *El agitado paseo del señor Lucas* (1998) *Elías o quién diablos te crees que eres* (2003), *El estigma y el ladrón* (2014), *Las mentiras de Aurora* (2016), *Fermín no es nombre para un ciego* (2018).

Marcel Morillo

(Salinas, 1998) Estudiante de Producción para Medios de Comunicación en Fadcom. Miembro activo del club de ilustración y guion, *Tweening*, desde 2017. Fundador del cine club *Alucine*.

Solange Gómez

(Guayaquil, 1998) Estudiante de Diseño Gráfico en Fadcom. Apasionada por las artes, suele estar inmersa entre libros y dibujos, o en algún viejo filme que haya descubierto.

Karen Márquez

(Guayaquil, 1991.) Docente, poeta, cantante y compositora. Máster en Periodismo Multimedia en País Vasco. Su poema *Mis mezclas*, obtuvo el Primer Premio del Certamen de Poesía *Identidad Latina*, en la categoría *Recetas de Color*.

Raymond Hooper

Director de Arte Asociado y diseñador principal de Harry N. Abrams, Inc. en Nueva York, por muchos años. Trabajó en el diseño de revistas de amplia reputación, como *Essence*, *Harper's Bazaar* y *Rolling Stone*. Profesor de *Design Concepts* en Parsons School of Design, por más de quince años. Recibió premios del *New York Art Directors Club*, *AIGA* y *The One Show*, entre muchos.





espol Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras